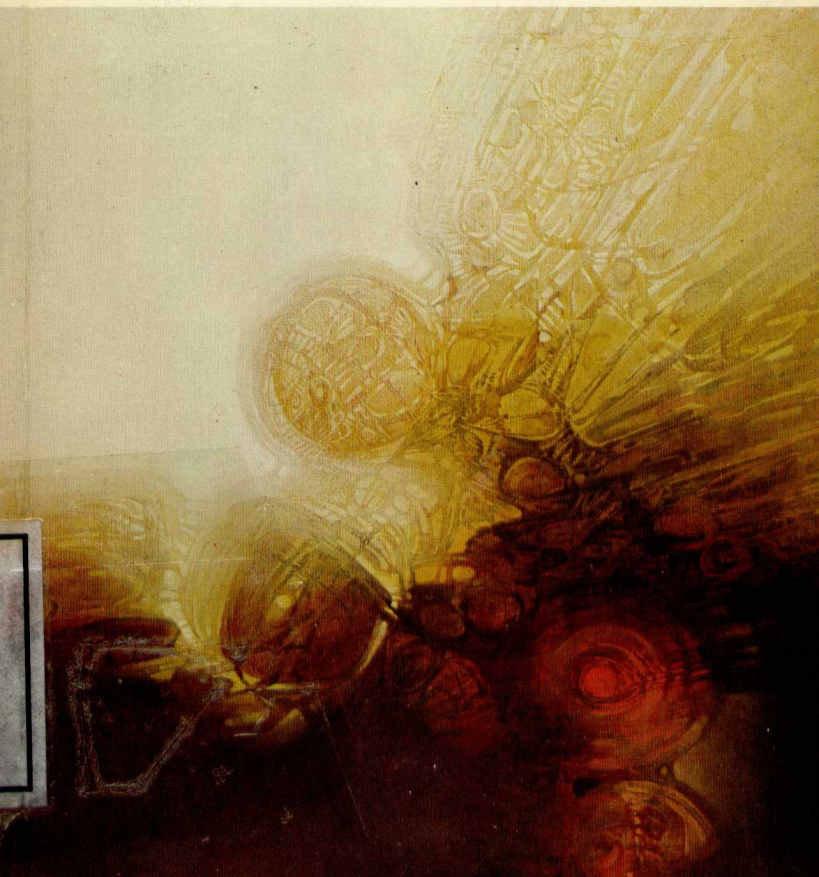




RAUL CHAVARRI

Vicente Vela

ARTISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORANEOS





9531

Vicente Vela es una de las grandes figuras de esa pintura abstracta española que ha triunfado en el mundo. En ella, destaca con personalidad propia, por su sobriedad y su armonía, gracias a su sentido profundo del color y de la composición. Apparentemente rápida, su carrera es en realidad un itinerario recorrido con tenaz laboriosidad, con riguroso dominio de la técnica y con generoso empleo de una pródiga inspiración.

Desde 1958, son ya quince años los que el artista ha invertido en aquilatar, consolidar y afirmar una personalidad que desmiente lo que, para un observador ocasional, pueda tener de fácil el cultivo de la pintura abstracta. En estos años, Vela ha sido el investigador exigente, el hombre profundamente preocupado por llevar a cabo nuevos hallazgos y por afirmar un esti-

9.531

Vicente Vega

RAUL CHAYARRI
Catedrático de Arte
Profesor de Historia Universal

Vicente Vela

RAUL CHAVARRI
Crítico de Arte,
Profesor de Ciespal (UNESCO)



9531

Vicente Vela

R. 34. 202



RODOLFO CHAVARRI
Catedrático de Física
Profesor de Geometría ANALÍTICA

Edita: Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia
Secretaría General Técnica

Imprime: Grafinasa, Manuel de Falla, 3. - Pamplona

I. S. B. N. 84.369-0272-6 — D. L. NA. 755-1973

EL PINTOR

Así es Vicente Vela, un hombre que no aparenta la cuarentena, a la que recientemente ha llegado; que no guarda, ni en su aspecto ni en su carácter, las huellas del duro camino de trabajos y amarguras que la vida le ha deparado; que sonríe sin aspavientos ni hipocresías, mirando siempre como si esperara que acaeciera algo maravilloso, que habla bajo y suave, con una entonación en la que se ha disuelto un olvidado, y hoy casi imperceptible, acento andaluz; que se mueve con la justeza y la gracia del que ha perdido muchas horas observando cómo se mueven las gentes y las cosas; que se duele siempre de la desgracia ajena e intenta remediarla con sosegado entusiasmo; que ama y acepta la vida en las mil pequeñas cosas que la expresan: objetos y colores, luces y sonidos.

Todos los hombres abstraen y eligen algo del mundo complejo y

tenso que los rodea; unos, los bienes materiales, otros el poder, algunos la siempre inmadurada sensación del propio triunfo; unos pocos, no muchos, buscan solamente la belleza que siempre surge, insólita e inesperada, para el que sabe verla. Vela se cuenta entre estos últimos; para él la existencia es un progresivo acercamiento hacia la belleza, en los colores y en la luz, en los gestos y en la dinámica de las personas y las cosas.

La historia de Vicente Vela es una trayectoria sin pendientes ni convulsiones, en la que una voluntad y una vocación de singular entereza ha ido, paso a paso, consolidando una posición en el difícil mundo de la pintura, afirmando, en la totalidad de los condicionamientos profesionales, una manera, un sentido y una decisión de hacer pintura. Es ésta una historia humilde y peculiarmente sencilla, en la que el artista ha hecho siempre doble profesión de su humildad de origen y actitud, y de su esencial sencillez.

Los primeros años

El día cinco de mayo de 1931, nacía, en la ciudad de Algeciras, Vicente Vela García, segundo hijo del ferroviario Luis Vela Rasero y de su esposa Amparo García Lobato. En la casa había ya una niña, María, nacida siete años antes y un hijo varón, Luis, de tres años y siete años después nacería la última de los hijos, Amparo.

Algeciras, en 1931, era el punto de partida hacia las plazas africanas, ciudad de intensivo

tráfico militar y comercial, en una España que en el mes de mayo comenzaba a vivir la experiencia republicana. La gravedad de los problemas de todo género que la población enfrentaba hacía aparecer como detalles sin importancia la presencia de los ingleses en el peñón de Gibraltar, que para algunos era la opción que venía a proporcionar un salario de trabajo y unas pequeñas ganancias de un contrabando vergonzante. Por todos lados, las tensiones que iban a dar lugar a la guerra civil se delineaban y se afirmaban, la inestabilidad era ostensible hasta en una zona que, como aquélla, había sido siempre lugar de despliegue de unas bien organizadas unidades del ejército español. La autoridad se discutía e incluso era objeto de agresión, las huelgas iban negando el pan, incluso al hogar del ferroviario en que nació nuestro pintor; una parcial escasez parecía anunciar las privaciones que más tarde iba a traer la guerra; la euforia del triunfo republicano se convocaba en torno a un horizonte de sobresaltos y a un repertorio de presentimientos nada optimistas.

Durante los cinco primeros años de vida de Vicente Vela, la familia permaneció en Algeciras, que por su posición de enclave era caja de resonancia de casi todas las convulsiones y disturbios. Por las calles del barrio ferroviario, que alineaba casas de una sola planta, la noche era un iniciarse de motines y un enunciarse de represalias. El pan, nunca demasiado abundante, faltaba a su cita con la mesa y la búsqueda de un lugar más seguro en que dejar pasar los tiempos difíciles hizo que la familia Vela pensara en el traslado, determinando así el que

había de ser el escenario de los primeros recuerdos de Vicente Vela.

En el verano de 1936, Luis Vela se colocó como guardaaguas en el pueblo de Jimera de Libar, lugar de la serranía malagueña próximo a Ronda y materialmente colgado en la orilla del río Guadiaro, pueblo de clima suave, paisaje apacible que habría de verse resguardado del huracán de la guerra. Allí pasó la familia cuatro años, nació la última hija y asistió por primera vez a la escuela, acompañado de su hermano, el hoy pintor, que guarda de esa época un conjunto de recuerdos gratos, que reconoce dejaron una profunda huella en su sensibilidad.

En Jimera, la escuela estaba asistida por una maestra a la que los triunfos guerreros del ejército nacional colocaban en situación de trance; cada vez que al pueblo llegaba la noticia de haber caído en manos de los nacionales un pueblo, una ciudad o sencillamente una posición de atribuido valor estratégico, la maestra, exaltada de entusiasmo, decretaba vacaciones que los muchachos aprovechaban para salir al campo, olvidando entre los árboles y los pájaros, o a las orillas del Guadiaro, lo poco que aprendían.

Vicente, que no recuerda ni el nombre ni el rostro de la maestra, guarda, sin embargo, imagen precisa de aquellas escapadas que le proporcionaban la lejana y sangrienta muerte de algunos de sus compatriotas; victoria y derrota eran para él una escapada a una tierra en la que las estaciones, siempre suaves y benignas, eran también nítidas y características a unas primaveras, otoños e inviernos que dejaban en

el árbol, y en el olor del viento, su dimensión y su sentido, que proporcionaban a los dos hermanos que así celebraban algo que no entendían, una sensación de libertad mucho antes de que el concepto y la palabra se abriera camino en su espíritu.

En 1940 el buen trabajador que era Luis Vela, se vio forzado a enfrentar un nuevo problema, el de que sus hijos, después de frecuentar la escuela de Jimera y gracias a la conmemorativa sucesión de las clases, no sabían apenas leer ni escribir; por ellos, en busca de un medio más favorable a la educación y menos propenso a las escapadas, trasladó empleo y residencia al pueblo de Campillos, próximo a la ciudad malagueña de Antequera, en el que existían numerosos centros pedagógicos.

Los informes que reclamó Luis Vela, señalaban como el mejor maestro de la localidad a un tal Francisco Velarde, hombre cojo, huraño y de espartana rigidez; a fin de conseguir que Vicente y Luis fueran admitidos a las enseñanzas del dómine, su padre exageró las condiciones de alfabetización e instrucción general de los niños, con lo que cuando Velarde sometió a sus recién admitidos alumnos, a un somero examen y constató su ignorancia, pensó que el padre había sido engañado y decidió aplicar a ambos hermanos una intensiva penitencia de palizas, que los que las sufrieron aún no han olvidado, y que sólo cesaron cuando en un esfuerzo, que recuerda al personaje de Kafka, Vicente y Luis se convirtieron en los primeros de la clase.

En Campillos, Vicente hizo compatibles sus obligados progresos en el estudio con unas primeras incursiones por el mundo del dibujo, en muchas ocasiones, un papel en el que diseñar toscamente un árbol, un pájaro o la ribera del río, que había sido su perdido pero no olvidado paraíso, aliviaban las violentas pedagogías del maestro Velarde. El pintor, capaz de encontrar su consuelo en la tarea, comenzaba a afirmarse.

Tiempos de definición

Los años de la década del 40 fueron duros para casi todos los españoles con excepción de algunos pocos que especulando con el hambre de sus compatriotas iniciaron pequeñas o grandes fortunas. Eran años en los que se sucedieron unas condiciones de escasez que afectaron en ocasiones con extrema dureza a casi todos los estamentos de la sociedad, pero particularmente a los que vivían de su trabajo.

Entre ellos se encontraba Luis Vela Rasero, padre del aquí biografiado, que en busca de un mejor pasar trasladó, en 1943, su residencia, por tercera vez, desde Campillos a Jerez de la Frontera, en donde trabajó durante doce años consecutivos como jefe de un tren de vía estrecha, auxiliar de carga que desde las bodegas hasta la estación transportaba cajas de botellas, botas de vino y otros utensilios relacionados con la explotación vinícola.

En Jerez comienza Vicente Vela a estudiar en el Instituto de Enseñanza Media; allí, en 1945, empieza a trabajar por primera vez, a fin de

colaborar con el no muy holgado presupuesto y es en esa ciudad también, donde conoce a una de las personas que va a influir de manera decisiva en su porvenir: Alberto Durán, profesor del Instituto, durante mucho tiempo asesor de publicidad de las bodegas Palomino y Vergara y, actualmente, presidente de la Fiesta de la Vendimia, es quien por primera vez vaticina y en cierto modo profetiza la personalidad pictórica de Vicente Vela, le ayuda a colocarse en un trabajo que no contradiga su vocación de pintor y es durante mucho tiempo el consejero del artista.

En 1952 Vicente Vela comienza su servicio militar en la brigada obrera y topográfica del Estado Mayor Central, en Madrid; al mismo tiempo se ayuda con algunos trabajos de topografías y cartografía y da un paso decisivo en su carrera de afirmación profesional. Al salir de Jerez, Alberto Durán ha proporcionado a Vicente una carta de presentación para una de las personas que van a tener un papel más destacado en el desarrollo del arte español de los últimos veinte años: Luis González Robles.

González Robles, nacido en Sevilla en 1916, había iniciado ya una tarea de promotor cultural, primero en la secretaría del Teatro Español, más tarde como fundador y director del teatro de Cámara y posteriormente como vicesecretario general de las Bienales hispanoamericanas al lado del poeta Leopoldo Panero. Con posterioridad, González Robles lleva a cabo una tarea verdaderamente brillante, que precisamente se inicia el mismo año de 1952 en que Vicente



Vela llega a Madrid, ocasión en la que González Robles se encarga de preparar la participación española en la Bienal de Venecia y paralelamente de la secretaría del Museo de Arte Contemporáneo.

No termina aquí la tarea de Luis González Robles. En 1963 promueve la exposición «Arte actual de América y España», en la que se encuentran por vez primera numerosos artistas de España y América, menores de cuarenta y cinco años, representativos de todas las tendencias internacionales vigentes. La exposición tiene para España un asombroso interés, por cuanto los pintores españoles toman conciencia ante ella, no sólo de la realidad iberoamericana, sino de las propias energías creadoras de la generación pictórica española. Aun con la ausencia de algunas grandes figuras de la pintura española, como Guerrero, Viola y Millares, la exposición constituye un asombroso esfuerzo y una excepcional toma de razón. Posteriormente, González Robles muestra en España y exhibe después por Europa las grandes obras de la arquitectura iberoamericana moderna, los cuadros de pintores iberoamericanos cultivadores del primitivismo y, por último, crea y desarrolla el Museo de Arte Popular de América y Filipinas, en el que se reúnen más de cinco millares de piezas de artesanía, de un valor ejemplarizador sorprendente para el conocimiento de las raíces populares americanas, y también como sugerencia, para artistas de toda índole.

Posteriormente, González Robles, al frente del Museo Español de Arte Contemporáneo, des-

arrolla, entre otras tareas, una importante política de exposiciones que por un lado atienden a la potenciación de valores nuevos en el ciclo «Formas expresivas de hoy»; por otro, rescata del olvido pintores ya desaparecidos y próximos en el tiempo, pero no lo suficientemente difundidos y en otras dos vertientes exhibe con carácter monográfico colecciones extranjeras de extraordinario valor, como la exposición de «Los Impresionistas» o «El Simbolismo en la pintura francesa», y reúne con el mismo carácter los grandes tesoros de la pintura española. También vitaliza los concursos nacionales y da una nueva orientación a la Exposición Nacional de Bellas Artes, tendente a la valoración de artistas jóvenes.

Luis González Robles ayuda a Vicente Vela a encontrar trabajo, pero sobre todo, representa para él un estímulo capital. El artista reconoce que fue González Robles quien le enseñó: «a trabajar, a vivir para el trabajo y a tener aspiraciones»; recuerda también Vela la ayuda recibida en momentos difíciles y la energía no exenta de humorismo optimista con que González Robles cerraba el paso a las tristezas y los desalientos del pintor, animándole a seguir adelante, previa renuncia a cualquier tipo de actitud sentimental o a cualquier desfallecimiento psíquico.

La iniciación de una trayectoria

González Robles selecciona a Vicente Vela para participar en la exposición «Espacio y color en la pintura española»; con este motivo, el

pintor viaja a Río de Janeiro por quince días que habrán de prorrogarse hasta tres meses. Viaja con él Lucio Muñoz, igualmente seleccionado y formando parte de un grupo que va a convocar, de manera poderosa, la atención de la crítica mundial hacia la nueva pintura española. Niomar Moniz Sodre, del diario carioca «Correio da Manhã», ayuda a Vicente Vela en su permanencia en la ciudad, lo introduce en los círculos artísticos y colabora eficazmente para que la estancia brasileña del pintor sea muy provechosa.

En 1952, Vicente Vela ha iniciado sus estudios en la escuela de Bellas Artes de San Fernando que habrá de terminar en 1957, circunstancia en la que realiza un viaje a París muy significativo para la consolidación de su formación y de su personalidad. Estos años de estudio son duros y difíciles, vive en una pensión de la calle de la Libertad y trabaja infatigablemente para subsistir y para afirmarse como pintor.

En 1958 el artista celebra su primera exposición en la librería «Clan» y poco después en la galería «Jardín» de Barcelona. Ese mismo año participa en la exposición colectiva «Arte español de Vanguardia» en el «Club Urbis» de Madrid y es seleccionado para participar en la XXIX Bienal de Venecia.

En esta época se inicia una colaboración que va a tener mucha importancia, primero en la solución de los problemas personales y económicos del artista y en segundo término en su formación plástica; el arquitecto Javier Carvajal lo pone en contacto con Enrique Loewe y

entra a colaborar con ellos como diseñador de objetos, realizador y asesor artístico. Los Loewe, padre e hijo, tienen para Vicente Vela una comprensión y un trato amistoso que significan aliento e impulso para la continuidad de su obra. Su incorporación a Loewe, que permite al artista llevar a cabo obras diversas, le facilita también cauces de formación, oportunidades de viaje, y antes de que se produzcan sus grandes éxitos como pintor, le independiza económicamente de otros trabajos más pesados.

El nuevo horizonte económico que se consolida en esos años permite a Vicente Vela realizar una serie de aspiraciones; por un lado, cambiar a una vivienda más cómoda y mejor instalada, pasando de la calle Clemente Fernández, del Paseo de Extremadura, a la calle de Lira núm. 6, en los alrededores del barrio del Niño Jesús. Le permite también, al jubilarse su padre, ofrecer a la familia la posibilidad de vivir en Madrid, para lo cual no regatea trabajo ni esfuerzo, pudiendo decirse que es un padre para sus padres, a los que procura no les falte nada y proporciona una desahogada vejez.

En 1959 Vicente Vela está presente en diversas exposiciones, entre ellas la Internacional de Tokio, «Veinte años de la pintura española» en Lisboa y la exposición del premio Lissone, la V Bienal de Sao Paulo, la exposición «Trece pintores españoles actuales» del Museo de Arte Decorativo de París y la exposición del Museo de Friburgo. Con ocasión de su exposición en Lisboa, Vela consigue la atención e incluso la compra de un cliente excepcional, el crítico

Carlos Areán, que comienza en este momento un interés por la pintura de Vicente Vela que no va a abandonar.

Areán, nacido en Vigo en 1921, doctor en filosofía y letras y licenciado en Derecho, había sido profesor de la Universidad Central de Madrid, alcanzando notoria fama en el mundo de las letras por una obra sobre la vida y el pensamiento de Ramón de Bastera, que alcanzó una gran repercusión, estableciendo premisas básicas para el estudio del intelectual vascongado. Posteriormente, como director de las salas de exposiciones del Ateneo de Madrid, de la sala Amadís, como escritor y conferenciante, fue acreditándose como uno de los grandes cultivadores del ensayo artístico en España y, sobre todo, en el estudio de los procesos de integración y aplicación del arte contemporáneo.

Areán selecciona en repetidas ocasiones a Vicente Vela, para participar en exposiciones colectivas de carácter internacional y nacional que bajo su asesoramiento organiza el Ministerio de Información y Turismo; esta selección, que es un acierto para el desarrollo y la difusión de la pintura española, es también sumamente importante para Vicente Vela, que por un lado alcanza y consolida un renombre internacional, y por otro, al responder a los encargos con el sentido de responsabilidad y autoexigencia que le caracteriza, lleva a cabo aportaciones realmente importantes.

Es también Carlos Areán, el organizador de una excepcional exposición de Vicente Vela en

el Ateneo de Madrid, que se celebra en 1960 y como posteriormente veremos al analizar la obra del artista, constituye uno de los puntos claves en su trayectoria.

Una vida sin pendiente

Lo que llevamos reseñado de la existencia de Vicente Vela evidencia una característica, el proceso consecuente de una vida sin altibajos, sin inflexiones ni crisis profundas, recorrida como obediente a un imperativo de congruencia y a una voluntad que si se expresa sin violencia, jamás se contradice ni se detiene.

En 1963, Vicente Vela participa en una exposición de gran envergadura a la que ya nos hemos referido, la que bajo el título, «Arte actual de América y España», organiza el Instituto de Cultura Hispánica bajo la dirección de González Robles y que constituye el punto de encuentro de un espléndido momento en la creación plástica de todo un continente y en la afirmación de una serie de modalidades estéticas de gran envergadura. La aportación de nuestro artista a este certamen destaca entre las muy importantes que presentan otros pintores españoles de gran categoría como Yraola, Antonio de Lorenzo y José María de Labra.

En 1965 se celebra una nueva exposición individual de Vicente Vela en el Ateneo de Madrid, un crítico de la categoría de Charles S. Spencer, señala que: «Las formas que entrecortan la potente luz y la sombra son positivas, más concretas, más expresivas» y en ello por

comparación a etapas anteriores de la pintura, el crítico inglés ve afirmarse un signo de nobleza.

En el mismo año expone en Londres, obteniendo el mismo éxito de público y crítica que le ha acompañado en sus anteriores presencias en otros países. Un año más tarde, Carlos Areán organiza una exposición del artista en Rabat y otra en la academia de Bellas Artes de Tánger, que son igualmente afirmaciones de una personalidad y demostraciones del dominio que el artista va consolidando. Otra de las etapas de esta vida de lento, interrumpido y sosegado progreso, se cumple en 1967, fecha en la que Vela expone sucesivamente en la galería Kreysler de Madrid, en la galería Ten de Barcelona, y en la galería Galdeano de Zaragoza, exposiciones que marcando la llegada de nuevos objetivos del artista, demuestran la madurez y el dominio alcanzados, la posición consolidada en el fecundo horizonte de la plástica española.

Nuevos triunfos de carácter internacional se suceden en los años sucesivos; 1968 ve la presentación del artista en la Internacional Malerei, Wolfrans Eschenbach, y 1969, una nueva y triunfante presentación en la Bienal de Sao Paulo.

1970 es una década decisiva en la pintura española, año en que se inicia una política activa de Bellas Artes dirigida a la potenciación del arte contemporáneo y durante el cual comienza el ciclo «Formas expresivas de hoy» que da ocasión para que en junio de 1970 Vela presente una exposición de excepcional relieve. Replantadas las exposiciones nacionales de Bellas

Artes de una manera más dinámica, el artista obtiene el primer premio de dibujo en la fase nacional de Madrid y llega a un momento verdaderamente trascendental en su actitud pictórica.

1970 tiene también un signo aciago para el artista, en este año muere su padre, para el que Vicente ha tenido siempre una dedicación y una ternura, que le han llevado a la dedicación e incluso al sacrificio. Cuando Luis Vela Rasero cierra los ojos a la luz de este mundo, no sólo concluye una vida de duro trabajo, sino que también se van con él, las satisfacciones que un padre ha recibido, al ver triunfar y afirmarse el nombre y la personalidad de su hijo.

En 1971, dejando a su madre y hermanos su piso de la calle Lira, Vicente, que ha iniciado la preparación de una nueva exposición y la orientación de una nueva y amplia perspectiva en su pintura, cambia una vez más de domicilio y estudio en un mismo entorno, en el que le acompañan obras y amigos, recuerdos de viaje, un hermoso exponente de la artesanía mexicana, libros y discos. Allí, interpretando en su conducta el viejo enunciado de la hidalguía sosegada hispánica: «sin prisa pero sin pausa», Vicente Vela va de día en día afirmando su vocación, consolidando su maestría, acentuando su dominio en el mundo de la pintura.

LA PINTURA

Así es la pintura de Vicente Vela, definida por el gran valor que afirma la madurez lenta y serenamente obtenida, su clara y poderosa expresión de una materia trabajada con amoroso cuidado, con continuo desvelo, que se expresa en una multitud de combinaciones y a partir de una forma consolidada cada vez, con una más radical firmeza. Desde estos presupuestos Vela se entrega una y otra vez a la aventura de pintar, que es para él un ejercicio armonioso en el que pesa mucho la experiencia de los sentidos, de tal forma que en ocasiones el observador piensa que nos encontramos ante un trazo que no tiene su punto de partida en una concepción real, sino en la espontaneidad de un gesto o en la persecución de una inspiración instantánea.

Por el contrario, si observamos en cualquiera de las etapas de la obra de Vela, la forma en que se

conjugan los elementos materiales y formales, nos damos cuenta de que nos encontramos ante una obra plena de reflexión y serenidad, información constante de un empeño y expresión de un doble tratamiento, mental y manual de la pintura a la que se hace seguir directrices convergentes hacia unas mismas esencias expresivas, en cualquiera de sus fases, las formas con que se expresa el artista, revisten a veces perfiles dramáticos, en otras ocasiones se iluminan de una luz suave como propia a la representación de un paisaje que no se enuncia, sino que se sugiere.

Remotas y a la vez actuales tradiciones de pintar, tempestades de formas y colores, sombras y fantasmas de remotos astrolabios y lejanas alquimias, son algunas de las dedicaciones que en distintas etapas han convocado la atención del pintor, en la que se define como una actitud básica en sentido de humanidad, un contenido que siempre obedece a una actitud vital. Más allá del gesto, de la escenografía o de las exigencias del espacio, la pintura de Vicente Vela es un despliegue de afirmaciones humanas y al mismo tiempo una demostración ni extenuada ni reiterativa de la permanencia de una pintura esencial a través de todas las vicisitudes de la experiencia plástica, realizada a partir de una operación por la que se excluye la mera figuración, pero también propugnando la separación de una abstracción absoluta, por sí misma incapaz de plantear interrogantes y proveer respuestas.

Puede decirse que en su último despliegue el arte abstracto daba más atención a la operación de abstraer que a la de pintar, mientras que para Vicente Vela la pintura constituye un factor categórico y la abstracción, un elemento secundario. Toda su obra refleja en una dimensión plástica una característica que determina su existencia personal, la voluntad de ser. El impulso de irrefrenable voluntad, de increíble constancia que determina la actitud del pintor ante la vida y el trabajo, se traduce en una manera de pintar que constituye una modalidad sustancial del informalismo por su carácter progresivo, por su tendencia a afirmar cada etapa en la anterior, por su característica de indagar en la existencia de un poder de lo posible más fuerte que el poder de lo real.

El punto de partida

En Vicente Vela no hay influencias de otros artistas sino grandes procesos de síntesis en los que se integra lo que en una u otra época ha convocado su atención, en este sentido, los maestros del informalismo contemporáneo son datos objetivos integrados por el artista, de la misma manera que lo son el paisaje de las riberas del Guadiaro, que vio en su juventud, y los colores esenciales de los barrocos andaluces de los que en cierta medida es descendiente.

Lo más característico de la obra de Vela es su carácter de progresión, de continuidad entre cada una de las etapas de su pintura que incluso llega a darse también en cada uno de los cuadros de una exposición, cada frase, cada obra, afirma

y confirma la anterior, hay un sentido cíclico y una línea conductora de la que el artista no se aparta jamás, que no desvía y no abandona.

Parece como si a lo largo de su obra Vela quisiera recorrer e historiar de una manera personal, el proceso de la creación, desde etapas anteriores a las propias decisiones creadoras y para ello lo mismo que concilia la tradición con la renovación, de la misma forma que hace una gran síntesis de todo lo visto y lo vivido en su personal búsqueda de la belleza por sí o por otros, realiza una integración y una especial consideración de diversos elementos, entre ellos el espacio, la forma, la dinámica gestual, la expresión, las posibilidades de sugerencia o insinuación de la figura y la concepción del color, en un doble sentido, como determinación explícita y como soporte de la luz.

Cualquier época de la pintura de Vela responde a este planteamiento, se organiza, se afirma y se ordena desde él y constituye un análisis de posibilidades en torno a la coexistencia de diversas motivaciones en la pintura, integradas y organizadas desde una voluntad común.

El testimonio personal de Vicente Vela señala su voluntad de abstraer una parcela del universo en la que la fuerza del espíritu y la evidencia de la materia están unidas en un amplio sector y como parte del impulso que constituye la creación: «Intento pintar —dice— ese mundo, en que lo orgánico y la fuerza del espíritu están unidos en contrapunto y como parte de la creación. Me esfuerzo por encon-

trar esas formas que en el macro-microcosmos, están unidas y regidas por una sola ley, formando parte integrante del universo, y donde no hay principio ni fin, sino que cada apariencia es el producto de un proceso evolutivo».

«Con mi pintura —continúa— como único medio a mi alcance, quisiera tomar parte de una nueva espiritualidad del hombre, de ese hombre que busca a Dios por otros caminos, intentando penetrar en la infinita grandeza de su creación, donde todo vive, todo actúa, todo se corresponde, las influencias de cada cosa hacen vibrar el conjunto de todo lo creado».

«Cuando ante un lienzo —resumé— en blanco, me preparo para entablar la lucha, lo primero que hago es crearme un gran vacío en la mente y actuar como un medio para que poco a poco acudan las imágenes que yo intento atrapar y organizar de forma que vayan tomando cuerpo en la tela».

El texto nos define algunas de las características que constituyen las bases desde las que se despliega la pintura del artista, por un lado el carácter de espiritualidad diferente, por otro, el esquema de la voluntad actuando en la materia y la actitud admirativa pero al mismo tiempo exploratoria respecto del proceso de la creación. Veamos cómo se despliega esta experiencia.

Síntesis de una trayectoria

En noviembre de 1960, Vela se presenta en la sala de exposiciones del Ateneo de Madrid

con unas obras en las que Javier Carvajal advierte una serie de perspectivas de notable importancia. Por un lado Carvajal señala lo que hay en esta pintura de intento de plasmar una realidad galáctica entonces totalmente desconocida, por otro destaca lo que en las obras de esta época se ofrece como invitación al espectador para recorrer: «los vacíos infinitos y sombríos hasta llegar a la luz que como una constante esperanza y promesa se adivina a través de la niebla y de la noche del caos». Más adelante observa Carvajal la peculiaridad de una pintura realista dedicada a reflejar una realidad que aún no está al alcance de las gentes y apunta también la evidencia de que en cada lienzo se advierte el deseo de incorporar la luz y el espacio, la profundidad y el vértigo a la pintura no figurativa.

En esta etapa se define en la pintura de Vicente Vela un deseo de encontrar el lugar en donde la creación tiene su origen, el punto de partida del que emana la decisión de tomar forma, la voluntad de ser. Vistas desde una consideración temática simplemente objetiva, las obras que realiza en este plazo de tiempo parecen representar los techos y paredes de unos fácilmente imaginables palacios de nuestro tiempo, en los que ni la arquitectura ni el entorno rinden tributo a lo real, su pintura de esta época se evidencia inesperadamente deslumbrante, pues, a pesar de renunciar a los éxitos fáciles que proporciona lo caligráfico y lo instintivo, hay en su obra un trasunto de grandeza, una sosegada vehemencia y una aspiración de majestad que atraen al espectador y

que en cierto modo constituyen la síntesis externa de su trayectoria.

Analizadas en su significado más profundo las obras de Vela significan un intento de representar e indagar estos orígenes de las decisiones: el lugar de donde surge la voluntad de la creación, los territorios en los que se inicia la forma, el esfuerzo que algo realiza para llegar a ser. Pero examinados en su dimensión objetiva, la pintura de Vela es un repertorio de imágenes presididas por la voluntad de hallar paralelamente el orden y la belleza, de coordinarlas y de integrarlas en un mismo sentido de expresión y de dimensión.

Posibilidades de una interpretación lírica

Desde cualquier ángulo que examinemos esta pintura, una idea tiende a exteriorizarse, en su trayectoria desde el informalismo hasta unas actitudes esenciales más directas y rigurosas, Vela concilia la voluntad con la decisión lírica, perfectamente convencido de que no existe posibilidad de recorrer ningún tipo de camino si no se apoya la voluntad del hombre en su referencia al lenguaje de sus emociones y sus sentimientos, tan importante como el de la reflexión y más directamente interrelacionado de lo que parece.

El lirismo de esta trayectoria artística se evidencia en dos situaciones, la primera en la serie de pinturas con las que Vicente Vela celebra una exposición en el Círculo de la Amistad de Córdoba en 1961. Con ocasión de esta

muestra, Manuel Conde señala que la presencia de la forma fluctuante se cuaja y densifica como una forma real, tangible y se sitúa en un espacio habitable ante el que el poeta se pregunta si no será una presencia y una identificación con Andalucía. Los presupuestos que Manuel Conde establece para una interpretación lírica de esta pintura, para una «teoría de Andalucía» de la obra del pintor, parecen confirmarse en los cuadros de estas condiciones, en los que vive el contraste de la sombra y la luz, del negro y el blanco.

Desgraciadamente Manuel Conde no ha escrito el gran libro que hubiera podido realizar sobre la pintura de Vicente Vela; tampoco ha llevado a cabo la obra que nadie como él habría emprendido, de establecer el puesto de la lírica en la pintura española de nuestro tiempo. Confiemos en que algún día este gran poeta que tanto sabe y siente del arte español contemporáneo, cumpla con ambos compromisos de creación.

Hacia una definición de la forma

A lo largo del año 1965, Vicente Vela celebra tres exposiciones individuales, una en Madrid, otra en Santander y una tercera en Londres, participando también en la exposición colectiva que conmemora la semana de España en Rabat. En este año la pintura de Vela ofrece un repertorio de imágenes contundentes que parecen ir por el camino de la dispersión o de la concentración a la búsqueda de una propia entraña o de una peculiar rosa de los vientos; su obra es en este momento algo que por sí mismo se justifica, que

va al encuentro de sí misma superando etapas en una serie de creaciones recias, definidas, estructuras de una afirmación insoslayable.

Dos años antes, al presentar la exposición de Vicente Vela en Nápoles, Lea Vérgine ha señalado que: «se refugia en el aparato sentimental para localizar su sensibilidad en un color adecuado para seguir un itinerario psicológico, desde el que ya no es posible renunciar a la propia belleza», la observación es profunda y nos provee de un dato valorativo de primerísima calidad para entender la pintura de este artista. La forma busca su definición y paralelamente intenta establecer los postulados de una integración entre el rigor y la belleza, de aquí el doble contexto en el que se inscribe esta búsqueda de los elementos formales que se articula también con otra trayectoria, en la que la obra del artista se inserta en un intento de afirmar el color.

Entre 1963 y 1965 Vela produce una obra que marca las vertientes de una exploración de la doble relación entre la forma y el gesto, dando lugar a lo que no es excesivo titular de «Gestualismo reflexivo», que dentro del carácter a todas luces excepcional de la abstracción española marca un perfil acentuadamente peculiar en el que la pintura se manifiesta como una conjugación de diversos elementos, a partir de un concepto de espacio, de la determinación de una forma en ese espacio, de la introducción de una dimensión de carácter dinámico y de la aportación de este gestualismo reflexivo y apoyando la totalidad de su obra en una concep-

tuación del color en su doble vertiente de determinación explícita y soporte de la luz, el artista llega a afirmar lo que es más importante en la búsqueda de una abstracción esencial, la reproducción del proceso por el que la forma se define como una expresión de decisión.

Forma y sensibilidad

Un dato significativo en la realización de este programa nos lo da el hecho de que Vela lleva a cabo una pintura con dos tratamientos diferentes de materia, mientras que toda su trayectoria pictórica está marcada por un intento de acceder a lo indispensable y de utilizar la menor cantidad posible de pintura con objeto de hacer más esencial su expresión plástica, a lo largo de esta época que marca las exposiciones de 1965, Vela emplea la materia desde dos tratamientos distintos, por un lado acentuando sus posibilidades de llevar a cabo una definición cromático-luminosa, y por otro mediante la posibilidad de realizar una definición de la forma como elemento básico del planteamiento: gesto - reflexión - decisión.

En la trayectoria de la abstracción española se dan muy pocos absolutos cultivadores de la pintura abstracta, sin inclinaciones ni dedicaciones y por el contrario los artistas instalan un sentido expresivo, intelectual o trágico, que da a la pintura sus propias dimensiones. En el caso de Vela, que es uno de los pintores inicialmente más ceñido a una trayectoria abstracta esencial, se dan dos tendencias apenas insinuadas unas veces y manifestadas otras con

una casi absoluta intensidad, y que obedecen respectivamente a un planteamiento lírico y a una peculiar teoría de la sensibilidad.

El lirismo se produce como afirmación de una constancia en la búsqueda de la belleza, a partir de esa ya apuntada teoría del gesto que no se basa en lo accidental, sino en lo deliberado y reflexivo. No hay procesos automáticos puros, en Vela todo es razón, desde los sentidos y a partir de la sensibilidad, en la línea de integración de una inteligencia sensible o de una sensibilidad intelectual.

En este aspecto, la forma no se define ni se agota en el gesto, sino en su propia justificación, la base de la experiencia plástica no es la búsqueda de lo informe, sino el aprovechamiento del planteamiento informal, desde un concepto vital de la pintura, porque la vida puede ser el establecimiento de un proceso de relaciones entre aspiración y decisión, en el que al tratarse de una tarea pictórica se define la forma de la manera ya señalada como interpretación de un proceso de decisiones.

De una manera inexorable, lirismo y sensibilidad llevan al planteamiento de una voluntad figurativa expresada en un lenguaje abstracto, pues, como ha señalado Dora Vallier, la parte más viva del arte en el mundo de los años 50, evoluciona bajo el signo de la abstracción, pero la ambigüedad del fenómeno aparece ya. Numerosos artistas que se podrían creer abstractos son en realidad figurativos, aunque se tenga a bien no reconocer en sus obras una forma precisa y nominable, ellos tienen conciencia de

figurar la realidad. A este respecto, Dora Vallier señala que el arte abstracto ha actuado tan profundamente que ha acabado por afectar e incluso transformar a la figuración.

Igualmente señala Dora Vallier algo que cobra en la obra de Vicente Vela especial dimensión y sentido, partiendo del hecho de que para abordar el arte abstracto la condición indispensable es llegar a separar la realidad del realismo, contemplando para esta realidad nueva una posibilidad de comunicación más allá del entendimiento o por lo menos fuera. En este mismo sentido la obra de arte abstracto, volviéndose de espaldas al mundo exterior se inclina hacia un fondo de sensaciones y sentimientos que el espectador tiene en común con el artista y que la pintura intenta hacer visible. Lo que esta plástica descubre nos pertenece de una manera indisoluble pero al mismo tiempo la conciencia no puede destacarse para nombrarlo. Allí donde en apariencia un abismo parece separar a aquel que crea y aquel que contempla, no existe en realidad nada más que proximidad entre la cosa y su expresión.

Esta proximidad inconcebible en las obras del pasado y que el arte ha provocado y asumido al volverse abstracto, tiene en cada artista una clave, así por ejemplo en los grandes maestros españoles vemos que para Manrique el fundamento es la referencia a una realidad telúrica de la que se da una imagen sentida y entendida desde resortes atávicos y en la obra de Vela esta función la cumple la sensibilidad elevada a la categoría de elemento fundamental en la

manera de entender y de vivir lo que nos circunda. Lo mismo que la vida es decisión, se decide para vivir y se vive para decidir; la existencia también se afirma en relaciones indisolubles con la sensibilidad.

Hacia una afirmación del color

En 1967 y 1969 se afirma el dominio que mantiene Vela sobre los contenidos cromáticos, un mismo hilo conductor une e identifica estas dos exposiciones como experiencias de sentido y de orientación en el color; Vela va buscando colores y gamas que hagan posible la definición de un carácter esencial en la pintura, que al mismo tiempo determinen una actitud, para todo ello explora y experimenta en los distintos repertorios de posibilidades que el color le ofrece.

Es en estos años cuando la abstracción adquiere dimensiones de vehículo del color, hasta tal punto que en algunas de las obras presentadas en esta época, la forma se convierte en un doble proceso de evolución e involución del color, al mismo tiempo que la luz, que según ha señalado Areán, es forma pictórica primordial en la obra de Vicente Vela, se define no ya como uno más de los elementos conjugados en el cuadro, sino como la estrategia de un diseño esencial.

Otra característica que se manifiesta en esta época es la que apunta Areán, la de que la tridimensionalidad, el clarooscuro y la perspectiva aérea, son utilizados cada vez más desde una manera tradicional de bases renacentistas o

barrocas y no siguiendo el informalismo ortodoxo. Es ésta la fase de la pintura de Vela en la que según Areán lleva a cabo una síntesis entre el ayer y el hoy, utilizando formas rotativas de denso empaste obtenido en aplicaciones rápidas y brillantes, que sirven para que Areán dé a esta pintura el calificativo de «relativamente gestual».

En el mismo sentido la obra de estos años incorpora otro factor que ha analizado Areán en la obra de Vela, el espacialismo. La preocupación espacialista se define por el hecho de que la luz que surge desde el interior del soporte, se basta a menudo en su contraste con las zonas sombrías para determinar una zona, un área de despliegue, y en cierto modo, una concepción de espacio cambiando las relaciones entre la forma y su fondo, llevando a cabo obras en las que como en un intento de espiritualizar su experiencia abstracta, el artista investiga con la pintura como «espacio interior», abriendo un itinerario que posteriormente va a desarrollar de una forma mucho más definida.

Más allá de la abstracción

En junio de 1970 Vicente Vela celebra una exposición en el Museo Español de Arte Contemporáneo, poco antes ha obtenido el primer premio de dibujo en la exposición nacional de Arte Contemporáneo; desde 1958 ha cumplido doce años de trayectoria, a lo largo de los cuales ha afirmado su dedicación al dibujo y a la pintura como actividades sustanciales, mediante la entrega a una labor que soslaya todo otro tipo

de temas y tareas que no se inscriban en la decisión vocacional que es la empresa de pintar.

El doble proceso de investigación y afirmación de la pintura, la conjugación de los factores cromáticos, espaciales, del tratamiento de la forma y de las relaciones de reciprocidad entre determinadas situaciones de espacio y concepciones de forma, ha llevado al pintor a una exploración de día en día más intensa planteada desde bases más exigentes y presidida por el hallazgo de una gran elección temática.

El tema con que concurre Vela a la gran ocasión que es su presencia en el Museo Español de Arte Contemporáneo dentro del ciclo «Formas expresivas de hoy», puntualiza el intento de encontrar ese momento de la forma y el color interior a lo real y que puede ser superior en fuerza significativa y capacidad de representación.

Determinando el tema la pintura de Vela juega con el tiempo en el que reconoce su mayor enemigo, intentando aprisionar en un cuadro realidades como: «El ojo que vio el génesis espera el apocalipsis» o queriendo hacer el retrato de una fuerza que más allá de las coordenadas espaciotemporales: «Puede cruzar espacios y fecundar planetas» o también «Está cruzando la barrera de una nueva dimensión». En el mismo sentido estos preseres están plasmados por Vela en momentos cargados de significado, como aquel que está: «Esperando llegar a otro espacio para ser libre» o «Buscando una forma definitiva para la eternidad» o «Esperando organizar sus formas para incorporarse a la

creación», o aquel otro que «Empieza a liberar sus órganos de las tinieblas».

Pero en todos estos cuadros es la luz el gran personaje y al mismo tiempo el planteamiento técnico-temático que, lleno de vehemencia y de majestad, ofrece las posibilidades de un gran paso más allá de la abstracción. En este sentido los títulos de los cuadros siguen siendo claves de un amplio sistema de significados. Uno de ellos nos dice: «La luz está abriendo el cosmos para fecundarlo», otro: «El rayo de la creación esparce su luz», un tercero: «Empieza a liberar sus órganos de las tinieblas».

En el momento en que el desarrollo de la ciencia y la proliferación de las tecnologías nos pone cada día en contacto con lo increíble e inconmensurable, planteándonos la dificultad esencial que el ser humano tiene de ser contemporáneo de un acontecimiento que por sus propias dimensiones le desborda, el artista toma el relevo de la más antigua tradición, la que marca la posibilidad del hombre para superarlo todo en virtud de su capacidad de soñar e imaginar y de ofrecer los resultados de su sueño como acontecimiento simbólico a otras personas para que participen en ellos.

Al realizar la presentación de esta exposición ese gran poeta y crítico que es José Hierro señala que «Vicente Vela, como tantos otros pintores, corrobora en esta Exposición esa gran paradoja del arte contemporáneo en su faceta no figurativa: por huir de lo fotográfico se refugiaron en la pintura por la pintura. Poco a poco ha ido ocurriendo el curioso fenómeno de que

la pintura ha renegado de sus posiciones narcisistas y ha vuelto a estar al servicio del hombre concreto, la fotografía de una época, si no su radiografía. En esto reside su peculiaridad, su grandeza, su posibilidad de sobrevivir».

A partir de esta afirmación y entendiendo la abstracción como una superada línea de desarrollo pictórico pero todavía vigente como disciplina esencial, se puede entender el despliegue de la pintura de Vicente Vela como intérprete y promotor de una peculiar tradición revolucionaria de la pintura. Para salvar momentos de esterilidad y confusión, decaimientos y crisis profundas de la fuerza creadora, hace falta transformar en tradición el impulso renovador que anima al arte contemporáneo, haciendo posible una pintura a la vez llena de ambición y de exigencia, marcada por un renacimiento de lo esencial y capaz de superar fronteras y limitaciones. Esta era, en 1970, la tarea de Vicente Vela, su «posibilidad de sobrevivir» y su dialéctica de supervivencia, y la razón por la que su obra merecía más allá de la distinción ocasional de un premio todo empuje, atención y aliento.

Intermedio; el dibujo

En 1971 Vela lleva a cabo una importante exposición de dibujo en la Galería Rayuela de Madrid. Estos dibujos que aprovechan y expresan los distintos aciertos y aportaciones que el artista ha llevado a cabo en su exposición anterior, pueden parecer algo trivial y en cierto modo fruto de una consideración parcial de la tarea pictórica, por lo tanto el espectador poco adver-

tido vería en esta exposición un intermedio, una pausa, un sosiego entre tantos desasosiegos de creación.

Por el contrario es un gran esfuerzo, una experimentación mediante otro medio expresivo que comprende no el recuento de lo ya hecho, sino la valoración inmediata de lo por hacer. La forma, la luz, el espacio, el color, las interrelaciones de estas diversas magnitudes se caracterizan por un planteamiento cada vez más exigente, en el que la pausa aparente es en general un lanzamiento a la tarea, una búsqueda de soluciones.

El dibujo se vuelve en esta exposición de Rayuela un tema mayor, una afirmación definida y decidida de lo que puede ser la integración de un pintor dibujante y de un dibujante pintor en orden a una misma consideración plástica. Es en el dibujo en donde Vicente Vela busca el acento y la dimensión de una disciplina abstracta empleada para buscar una definición de la pintura como posición coherente en la que lo importante no sea ni la imagen informal ni la representación, sino la posibilidad de pintar, de crear y de recrear realidades, sugerencias, formas y disposiciones de líneas y colores.

Conclusión: la pintura como afirmación de una personalidad

En febrero de 1973, Vicente Vela expone en la Galería Skira de Madrid, presentando en un despliegue absolutamente congruente, que constituye un énfasis más en la afirmación de su

personalidad, una colección de pinturas llenas de coherencia en la referencia no ya a un mundo, sino a un instante preciso en la consideración y el concepto de la diversidad y pluralidad de los mundos. La frase clarividente de Pauwels: «Hay otros mundos, pero todos están en éste», parece animar esta exposición de plenitud y magisterio del pintor andaluz. Si recordamos que su trayectoria ha ido moderándose en la distribución de la materia, armonizando progresivamente las relaciones espacio, forma, color, luz, dinámica, gesto, y acentuando si no la figuración propiamente dicha, la insinuación de una creación, no nos será difícil afirmar que en este último momento, lo que lleva a cabo Vicente Vela es la sugerencia de una presencia.

En sus anteriores exposiciones del Museo Español de Arte Contemporáneo y de la Galería Rayuela de Madrid, la temática de Vela cumplía el final de una etapa que había ido desde unas evoluciones del color y de la forma que parecían inspirarse en los signos de las religiones orientales, hacia una consideración plástica de una situación inmediatamente anterior al nacimiento de una realidad cósmica. Su pintura había ido de la tierra a las galaxias y de aquí a la representación de lo inconcebible, puesto que para las posibilidades narrativas del individuo, el momento en el que una existencia se apresta a definirse, entra lógicamente en el plano de una imaginación abierta a todo tipo de posibilidades mágicas.

En el momento señalado, Vela a través de la pintura, escruta los contenidos y las posibilida-

des de la materia, no sólo en los caminos por él ya explorados de la forma, la luz y la interrelación de espacios y estructuras, sino en un aspecto mucho más importante, dosificando el empleo del color, buscando un difícil «cada vez menos» de la pintura y haciendo ésta más sensibilizada y más representativa.

Desde estos postulados Vela amplía la referencia a un mundo posible, se hace en cierta medida más universal; como ha señalado Juan Ramírez de Lucas, lleva a cabo una pintura testimonio, pero no de lo inmediato, sino de lo que vendrá, y por ello su pintura es más humana, si en la fase anterior nos narraba el esfuerzo del ser por afirmarse, en este momento el artista nos está describiendo no una realidad precósmica, sino una posibilidad múltiple, un apocalipsis en el que se unan viejos mitos y tradiciones, en el que se encuentren todo tipo de afirmaciones y de negaciones, toda clase de circunstancias, en cierto modo una hipótesis de extinción de nuestro universo, en la que sirviéndose como referencia de las catástrofes que la humanidad ya ha vivido, imagina alternativamente el retorno del cosmos a la nada, unas veces contemplando como un contenido aspaviento, otras como un lento proceso de acabamiento y extinción.

Para un hombre que trabaja con la constancia y el sosiego que lo hace Vela, el tiempo es siempre un camino de perfeccionamiento, en él el pintor domina recursos más amplios, cromáticos y luminosos, rotura caminos para una luz que no restalla, sino que explota lenta, armo-

niosa, silenciosa como una estrella lejana. En torno a esta extinción se producen integraciones, estallidos, explosiones de bermejos, expansiones de amarillos, definiciones de formas en las que se adivina la decisión humana a través de los pardos y los grises.

En cualquier momento un tremendo cíclope alado cruza la superficie del lienzo en un impulso a la vez fastuoso y desesperado por decir, por expresar, como si a través de imágenes, habitantes de mundos diferentes intentaran comunicar la proximidad del fin del cosmos.

Todo está contado con un refinamiento cotidiano y permanente, el gesto sojuzgado, las pasiones convertidas en armoniosas formas de expresión, se exteriorizan a través de estas composiciones de fantasmas antropomorfos, de estas imágenes de seres lanzados y proferidos como si las grandes dimensiones de la distancia que recorren frenaran su trayectoria y convirtieran su caída en un suave descenso.

Vela, que siempre estuvo más atraído por lo mágico y por lo misterioso que por la dialéctica de lo representativo, está en esta ocasión llegando a una consolidación formal de sus intenciones, a la descripción de una blanda amenaza, de un misterio cósmico que el artista no tiene intención de revelar y que en cierto modo constituye una convocatoria de pavor transmitida desde tales distancias que no llega a prender en la sensibilidad del espectador de la manera insoslayable que sería lógico.

En otras ocasiones surcan los cuadros duras imágenes de seres que están por nacer o por manifestarse, que amenazan, que sugieren, y entre ellos el artista realiza la revisión de los antiguos mitos, el testamento de Orfeo, el trágico enfrentamiento de Edipo con el misterio de su destino. Aunque los procedimientos formales y materiales son distintos, muchas veces nos parece ver un arte de sociedades secretas, un símbolo críptico, hecho de claves, mensajes y referencias que esperan su interpretación, intuiciones de un conocimiento aún no adquirido.

Con todo ello, Vela llega sosegadamente en medio de un universo de sugerencias plásticas a la etapa más importante de su tarea, a la culminación congruente de una larga trayectoria en la que el artista, en lugar de aceptar los lineamientos de una disciplina de estilo o tendencia, ha impuesto su propio carácter, su propia manera de entender la pintura en sus diversos condicionamientos al margen de lo que puedan representar los valores generalmente aceptados de la abstracción o del informalismo. En este sentido Vela no ha seguido más rigor que el de sus propias concepciones y por ello, a lo largo de toda su trayectoria ha impuesto un estilo personal, ha decantado una manera de hacer, y ha determinado en cada momento una visión típica y una forma privativa de sentir la pintura.

La sensación final que el autor tiene al concluir este breve recorrido por una personalidad y una pintura, es la de que si interesantes han sido los años y etapas de vida y pintura de

Vicente Vela, mucho más decisivos, mucho más claros han de ser los años futuros, sobre los que pueden servirnos de clave indagatoria estas afirmaciones de Vicente Vela recogidas por Fernández Braso con motivo de esta última exposición:

«Mi argumento para pintar es ir siempre hacia alguna meta. Esa meta, para mí, es el fin de la existencia. Esta exposición es una etapa más hacia esa meta, donde permanece la constante mía mágico-surreal y donde los elementos que componen la obra se concretan aún más que en mi anterior exposición.

Estos cuadros últimos están elaborados, más terminados. Ha desaparecido ya totalmente el principio informalista con el que empecé a hacer pintura no figurativa.

¿El color? El color siempre ha sido fundamental en mi obra. No he sabido nunca desligar la forma del color. Incluso cuando hago dibujos son pictóricos.

¿Si estos esbozos de figuras indican que voy hacia una figuración? Siempre en la pintura ha habido una figuración, por muy abstracta que sea. Es imposible separar al hombre de su propio entorno y hacerle imaginar algo que nunca haya visto.

El hecho de que vayan apareciendo formas más o menos figurativas quizá sea que en mi evolución voy desprendiéndome de esa etapa puramente abstracta para llegar a una forma donde está incluido el ser humano».

EL PINTOR ANTE LA CRITICA

JAVIER CARVAJAL

Cuando de aquí a algunos años la humanidad se lance a cruzar, fulgurante, los espacios siderales, alguien podrá, tal vez, reconocer los campos de galaxias y los valles de estrellas, por los que Vicente Vela ha cruzado ya y por los cuales nos invita a pasear, a través de sus telas.

Nada en esta pintura nos lleva a la mera contemplación pasiva; por el contrario, todo nos arrastra al deseo de atravesar los lienzos y recorrer, en carrera vertiginosa, los vacíos infinitos y sombríos hasta llegar a la luz que como una constante esperanza y promesa, se adivina a través de la niebla y de la noche del caos.

Es la pintura de Vela, pintura realista, realista de una realidad aún no conocida, pero ya presen-

tida, en la que se anuncian la serenidad y el equilibrio que presiden la Naturaleza y que pueden encontrarse ocultos en la misma sima de los volcanes de los astros.

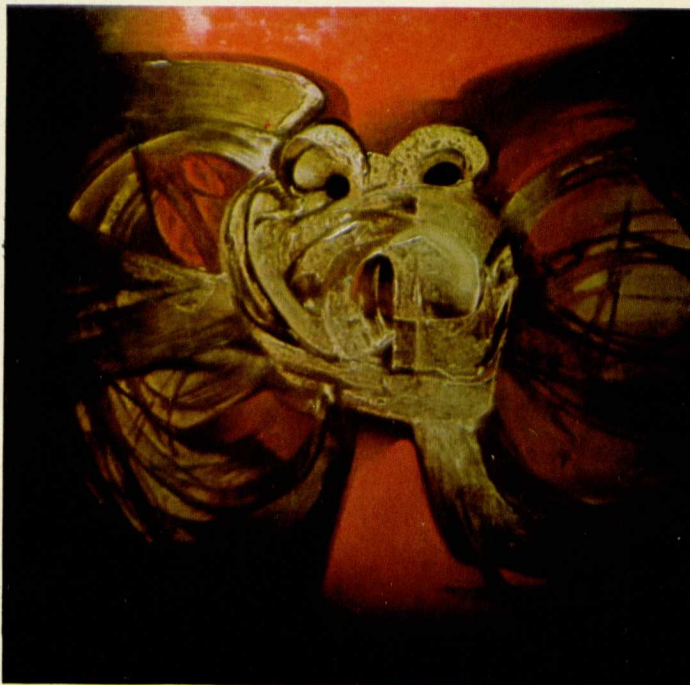
En cada lienzo late vigorosamente el deseo de incorporar la luz y el espacio, la profundidad y el vértigo, a la pintura no figurativa, haciéndola trascender del plano y de los límites del cuadro, superando el puro ensayo de materias y pigmentos.

El artista conoce la tentación que el juego de las calidades y las texturas le brinda, pero no se abandona a ella; antes bien, dominando la técnica, hace de ella un medio —nunca un fin—, como equivocadamente sucede en tantos pintores actuales.

Hoy, Vela sigue trabajando seriamente en esa labor oculta que es la de todo verdadero artista y que consiste en la búsqueda de nuevos valores expresivos y nuevas armonías cromáticas, pero sin perderse en su marcha hacia el fin propuesto, que no es otro que la reconquista de la realidad por los caminos del cosmos.

Lejos de estas telas, la pintura de «azar», que nada tiene que ver con el auténtico arte, lejos la receta fácil esterilizadora de tantas promesas, lejos de intrascendencia decorativa, sin objeto ni meta, hay en ellas, en su lugar, buen oficio, talento y afán, cualidades inherentes a toda obra lograda con el esfuerzo de la cabeza y del corazón.

Catálogo de la exposición presentada en la Sala del Prado,
del 17 al 30 de noviembre de 1960.



Formas orgánicas
1966 (116 x 089)

Pintura
1960 (116 x 081)

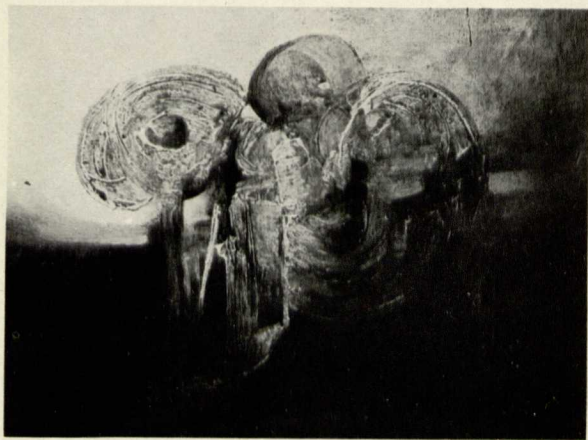


Pintura
1960 (130 x 097)





Pintura
1963 (195 x 114)



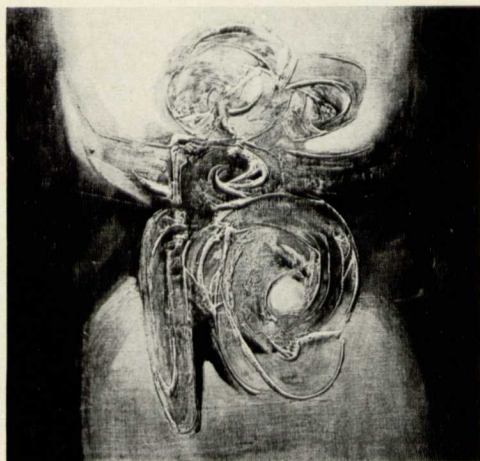
Formas orgánicas
1965 (146 x 114)

Puede cruzar espacios
1970 (100 x 081)

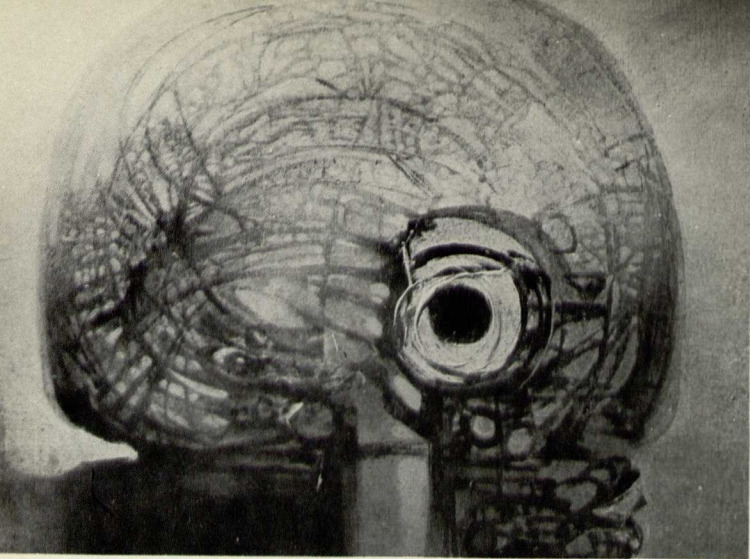




Formas imaginadas
1971 (146 x 114)

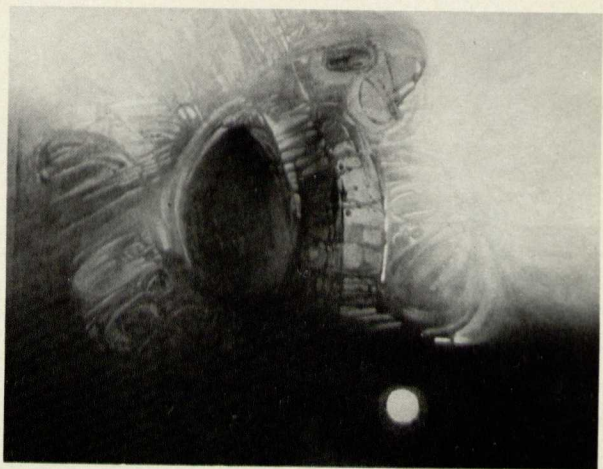


Formas
1965 (100 x 081)

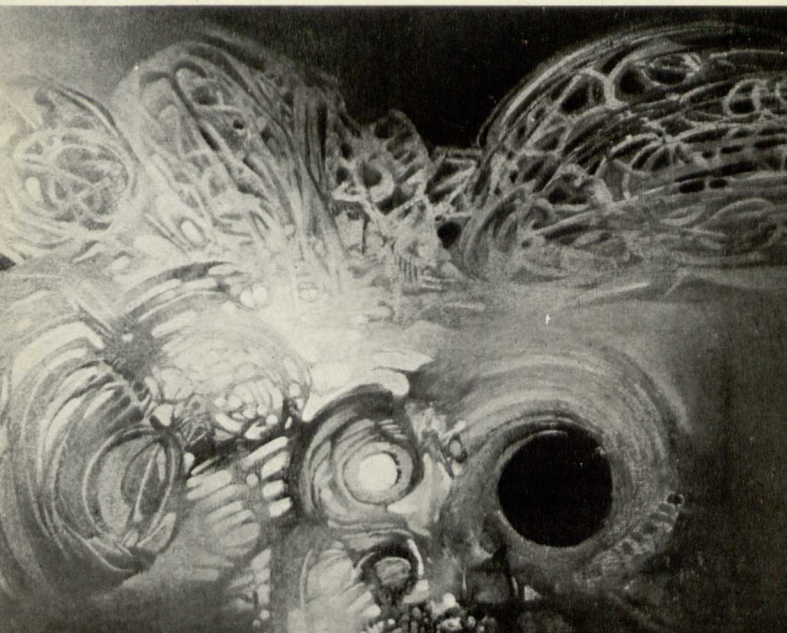


Forma imaginada
1969 (100 x 081)

Busca una forma definitiva
para incorporarse a la creación
1970 (146 x 114)



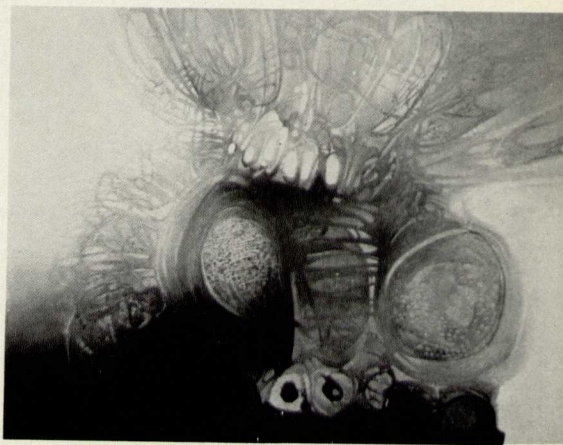
Nacen los primeros ojos:
1970 (116 x 089)





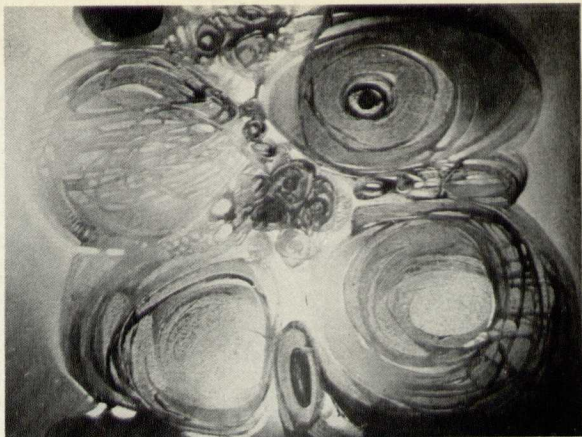
Formas imaginadas
1971 (145 x 114)

Cruza a una nueva dimensión
1970 (145 x 114)

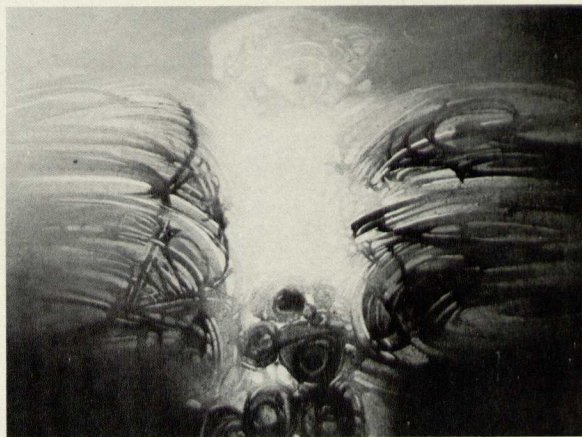


Formas imaginadas
1972 (116 x 089)



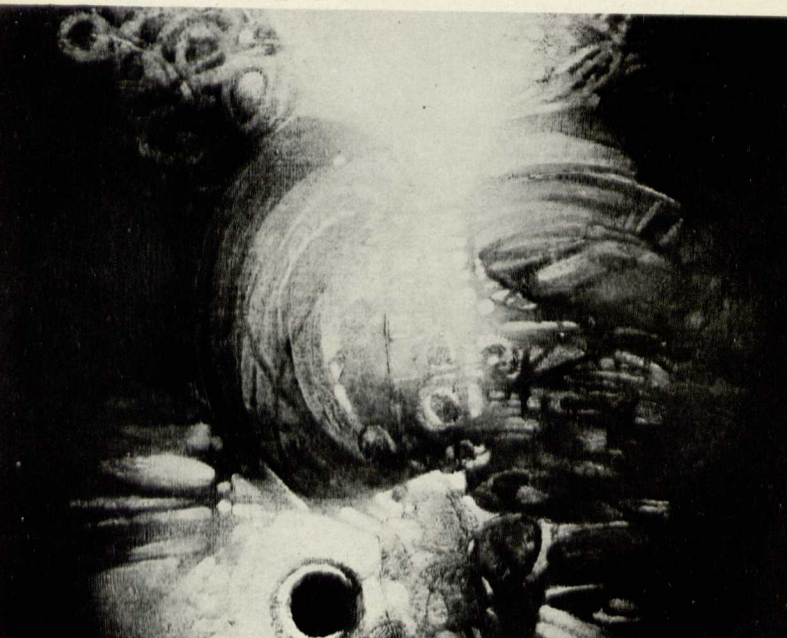


Esperando organizar sus formas
1970 (116 x 089)

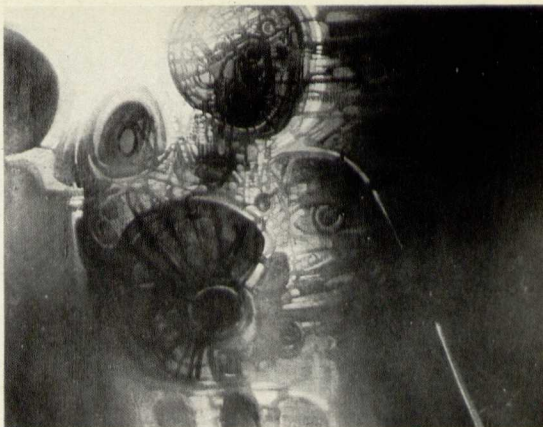


La luz está abriendo el cosmos
1970 (116 x 089)

Libera sus órganos de las tinieblas
1970 (081 x 065)

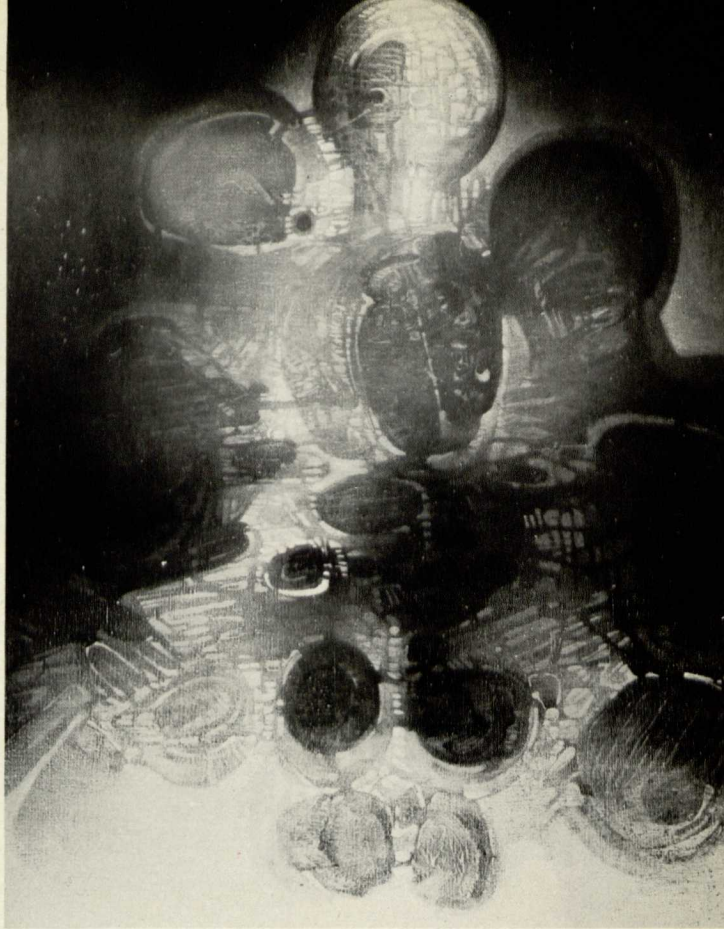


Formas
1972 (100 x 081)



Formas imaginadas
1972 (116 x 089)

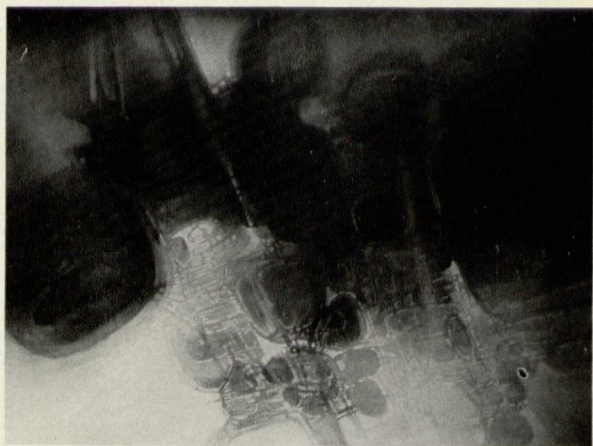




Formas imaginadas
1972 (116 x 089)

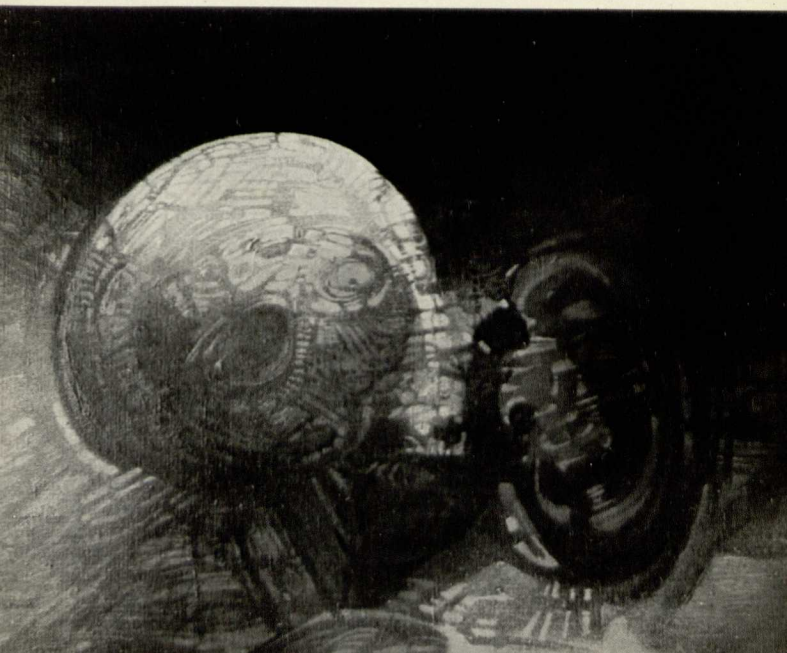


Formas imaginadas
1972 (162 x 130)



Formas imaginadas
1972 (147 x 115)

Formas imaginadas
1972 (100 x 081)





Espacios
1972 (116 x 089)

MANUEL CONDE

La Andalucía blanca y azul, cal contra el cielo o el mar, está ausente de la pintura de Vicente Vela.

«Tu ventana es una cárcel
con el carcelero dentro
y el prisionero en la calle».

Dice una copla de por allá, donde la soledad del hombre se hace pálpito y cante; donde se dice, sintéticamente, todo, y se grita para los adentros del alma, procurando que los demás se enteren sólo de lo general; y donde se desgarran las palabras para que la circunstancia de uno, piedra, se transforme en ciprés y palmera que todos pueden ver y querer como suyos.

En esta tesitura andalucísima está, creo yo, inscrita la obra última de Vicente Vela, jerezano de Ronda, ciudad de la que le queda la sobriedad, la austeridad, el énfasis. La solera de la tradición pictórica española (en gran parte andaluza), y, como al Toreo, el empaque y la hondura de la lidia verdad.

Por lo tanto, hay oficio, amor al bien hacer y acabar, de todo lo artesano, español y universal; también ritmo, andadura. Y, como contrapunto, sin querer, color de tierra y tarde, de noche entre guitarras.

Mucha tristeza. Y miedo. (—¿A qué, Vicente Vela?).

Calálogo de la exposición colectiva celebrada
en la Galería Nebli, en mayo-junio 1962, expositores:
Manrique, Rueda, Sempere, Vela y Zobel.

¿Cuál sería la definición exacta ante la obra que Vicente Vela García expone en el Ateneo?: ¿Neofigurativismo? ¿Abstracto? ¿Informal?... De todo hay en ella, ya que en algunos lienzos nos ha parecido ver un recuerdo figurativo, muy lejano y atemperado a ese concepto tan vago, impreciso, y creemos que fugaz, que se llama neofiguración; pero lo que nos importa en la obra de Vicente Vela es que en cualquier escuela, estilo o tendencia, su obra contiene lo que nos importa e interesa: pintura.

De Vicente Vela venimos hablando tiempo y tiempo. Hace años, y por eso su exposición actual nos interesaba para ver en qué habían terminado sus evoluciones, sus apetencias, sus deseos y sus afanes, que eran muchos y variados. Recordamos sus telas «en azul», en gradaciones de tonos, en insistencias dulces sobre la materia, hasta obtener el efecto buscado; recordamos sus búsquedas en términos del color, en esperanzas de encontrar en la materia el brote, y lo que más le importaba: la raíz de la pintura; y esas búsquedas han terminado ahora en una pintura honda, profunda, con garra, con inusitada fuerza, que demuestra el hallazgo que ha encontrado —tras muchas pesquisas— este serio pintor...

El color tiene profundidad, hondura, penetración y una bellísima realidad, esa realidad que existe en cada cuadro de Vela como un tributo que rinde a una insobornable capacidad de verdad, sometiendo la imaginación no a unas pin-

turas reales, sino a unas formas reales, que bien pudiera decir D'Ors que a la vez pesan y vuelan.

Cada cuadro de Vicente Vela es una demostración de capacidad pictórica, de potencia y de una sensibilidad que se ha hecho fuerte, a la española, con incisión abierta, que podemos seguir con la mirada y aun con el tacto.

Un lienzo de Vicente Vela aleja la soledad. Sus infinitas sugerencias permiten una compañía sin temor a cansancios.

«Hoja del Lunes», 22 de febrero de 1965.

CHARLES S. SPENCER

Cuando vi por primera vez la pintura de Vicente Vela, en la Tate Gallery en Londres, en 1962, y cuando le visité en su estudio en Madrid el año siguiente, descubrí una cualidad característica en su arte. Su disposición de ánimo era más romántica que la que refleja la pintura sólida, un poco agresiva y encerrada, de la España contemporánea.

Pronto encontré características similares en otros jóvenes españoles y también descubrí que igual que Vela, muchos de ellos provenían del Sur. Puede tratarse de una reflexión de mi propio carácter, ya que todo inglés supone románticos a los mediterráneos, y particularmente a los andaluces, pero no creo que mi observación fuese enteramente subjetiva.

Vela es lo que yo llamo un pintor instintivo, de acción. Cuando empieza, sobre el lienzo desnudo, no tiene en su mente figura, forma o com-

posición preconcebidas. Las formas que surgen eventualmente son tanto el resultado del movimiento mismo de su brazo y mano, como la expresión de un instinto psicológico. En los primeros cuadros estos gestos, trazos densamente cargados del pincel, elegantes arabescos de rítmico movimiento, que a mi espíritu romántico le hablan de corridas de toros y de danzas gitanas, eran enteramente espontáneos. Estaban unidos al mismo tiempo a una profunda encantadora ansiedad de luz y sombra; ese claroscuro del Sur, empapado de sol.

Los cuadros incluidos en esta exposición son algo diferentes. La luz es más dramática, más preparada si se quiere, para producir un efecto consciente. Romántica, sin duda, pero de una reflexión madura; no el abandono descuidado de la juventud, sino una expresión más inteligente e incluso más trágica. Y las formas que entrecortan la potente luz y la sombra, son más positivas, más concretas, más expresivas. Esto también es un signo de madurez: los trazos son más meditados; ahora imágenes casi de inminente valor escultórico. Los trazos etéreos de pintura, se han hecho conjuntos con movimiento dinámico y textura viviente. El color es también más sensible y resplandeciente. Un pintor, en suma, sin afectación, con un seguro instinto para la calidad de la pintura y su propia cualidad individual como artista. Vela me parece que ha hecho magníficos progresos.

Catálogo de la exposición celebrada en la Sala de Santa Catalina del Ateneo de Madrid. Febrero 1965.

JUAN CORTES

En la sala de exposiciones, recién inaugurada, de «Ten» galería de arte, se halla exhibida estos días una importante cantidad de realizaciones pictóricas del artista andaluz, nacido en Jerez de la Frontera, año de 1931, Vicente Vela, quien desde 1958 no había expuesto nada en nuestra ciudad.

Vicente Vela es uno de los pintores de las nuevas generaciones españolas que con mayor vocación y apasionamiento se ha entregado a su arte, en cuyos intrínsecos problemas se halla sumergido, dejado de lado toda preocupación ajena a los mismos, prescindiendo obstinadamente de toda referencialidad y buscando en sí mismo y en el puro y estricto juego de la pintura su objetivo y motivación. Forma y color, en un arranque lírico de considerabilísimo empuje, se desenvuelven en la obra de Vela en morfologías propias, en coloraciones sorprendentes por su originalidad, jugando tanto en desarrollos tonales de tinta sobre tinta cuanto en contrastes vivaces y violentos, en una elaboración de la materia que se descubre atenta y meditada.

Le gusta a Vicente Vela hacer destacar sus formas, encajadas y ensambladas, muchas veces como recordando secciones y disecciones de enigmáticas anatomías, en matizaciones ricas y nutridas, en las cuales las opacidades más densas alternan con explícitas luminosidades, todo lo cual se desarrolla en cálidos anaranjados, sutiles palorrosas, fugitivos azulosos, tonos de

humo y extremos escarlatas, dando razón de un bravo y fuerte temperamento de pintor.

«La Vanguardia Española», 26 de noviembre de 1967.

CESAREO RODRIGUEZ-AGUILERA

Vicente Vela es un pintor andaluz, nacido en Jerez de la Frontera, en 1931, con personalidad bien acusada, goza hoy de un sólido prestigio internacional. La exposición que ahora nos muestra en Barcelona (tras la realizada hace aproximadamente dos años) responde a un clima unitario dentro de la natural diversidad de la obra. El mundo formal no difiere esencialmente del de su obra anterior; en cambio, en la realización, en el tratamiento hay la sustancial diversidad. Si la obra anterior de Vela se caracterizó por su amoroso empleo de la materia de gruesos empastes, mediante formas que llevaban a incipientes relieves, en la exposición actual, la materia se ofrece como un juego de útiles veladuras, donde las formas aparecen delimitadas y dotadas de luz a través de firmes contrastes. Aparecen como mundos incipientes, gestos que buscan realidades conocidas, pero que parecen proceder del mundo subconsciente. Pintura intuitiva, en lo que tiene de gestual e imprecisa, pero profundamente intelectual, en lo que tiene de precisión técnica y de sugerencia de símbolos. Para su intención pueden resultar una excelente guía los títulos del autor: «Un lugar en la cuarta dimensión», «Proyecto para un ángel», «Organismo en evolución», «Intuición cósmica», «Esperando creer en Dios», etcétera. En la amalgama de elementos que componen un cuadro, el aspec-

to mental, las ideas, son factor decisivo. Pero más que su reflejo, porque las ideas no se pintan, lo que en aquella suma de valores ha de aparecer es su poder ordenador, su acierto en el equilibrio de las formas y colores, entre la obligada subjetividad. Así aparece en la obra de Vicente Vela, en ocasiones de manera excepcional.

«Diario de Barcelona», 29 de noviembre de 1969.

CARLOS AREAN

No se sabe si lo que Vicente Vela está captando son cielos traspasados de sol o un remolino sin alusión posible a ningún recuerdo natural. Fuere lo que fuere, la luz es protagonista máxima. Los ritmos de sus superformas empastadas y bruñidas, suelen contrastar con unos fondos más tenues, intensamente negros algunas veces, y brillantes muy a menudo. Estos contrastes hoscos son más inesperados en Vela que en otros artistas, dado que van unidos a una actitud lírica indudable. En su factura palpita una auténtica ternura por la materia, una casi franciscana manera de depositar el pigmento, a base de grandes ritmos lentos, pero llenos de meticuloso cuidado y de indudable fervor. Alcanzar semejante perfección en la factura, constituye una cima peligrosa. Vicente Vela pinta como los grandes venecianos, de forma que su pintura contiene toda suerte de transparencias y veladuras. Integrar así la mejor factura renacentista, dentro de la más rigurosa abstracción, sería por sí sola una aventura difícil. A Vela no le dan miedo los riesgos y no sólo hace eso,

sinó que vuelve a elevar a la luz a su categoría de forma primordial, que condiciona el despliegue de todas sus restantes formas. Nos hallamos así ante un pintor de luz pura. Todo lo demás es accesorio en Vela, pero basta con devolvernos ese milagro para que su obra sea ya una de las más importantes que dentro del campo de lo no imitativo pictórico se está realizando en España.

Catálogo de la exposición celebrada en la
Galería TEN del 19 de diciembre de 1969.

JUAN GICH

Toda la pintura de Vicente Vela es un esfuerzo de comprensión, un intento para llegar más allá de la propia pintura, traspasar la barrera de unos límites, en la que normalmente se mueve. Los títulos de sus obras lo dicen bien claramente. Basta leerlos y analizarlos para saber hasta qué punto la obra de Vela está hecha de esperanzas, ansias, creencias y dudas. La obra expuesta constituye una variación sobre idéntico tema. El núcleo inicial, la célula básica de su desarrollo, está en cada tela, como una presencia generadora que impulsa y da vida a sus composiciones, que lo mismo intentan comprender las profundidades cósmicas, que suponen un acercamiento a la inteligencia, que llegan allá donde la ciencia no alcanza o esperan el día de la resurrección. Y la esperan con fe, porque es una pintura hecha de creencias y la confianza que la constituye se manifiesta en el amor en que está tratada la materia. Este jerezano que se formó en la Escuela de Bellas Artes de Sevilla y tuvo una breve etapa figurativa,

entró muy pronto en la abstracción y la influencia aformal fue clara en su obra, que ha ido decantándose hacia un tratamiento limpio y transparente de los asuntos, en un afán por desnudar a su pintura de todo lo anecdótico y salir a la búsqueda de una categoría que está en la luz y en el color. Una luz que surge desde dentro de las telas, a partir de aquel núcleo generador que en las mismas se advierte, y se va desparramando y perdiendo por la superficie de la composición. La obra de Vela, que presenta en la Sala Ten, es un ejercicio que a fuerza de veladuras y transparencias, tratando la materia con exquisita delicadeza, alcanza momentos de calidad. Su impulso creador es como un faro que gira constantemente y da destellos de luz que incide en las tonalidades de sus cuadros: azules cósmicos, grises lunares, rojos de sol. Todo en la obra de Vela adquiere una extraña palpitación. Su pintura aparece tratada lentamente, en un esfuerzo para lograr contrastes, y comprobar hasta dónde puede llegar. Este esfuerzo y la lucha que el mismo comporta se pone de manifiesto siempre. Como rezan sus títulos, es una duda constante, un afán de comprensión, un deseo, simplemente, de diálogo con la circunstancia que le rodea.

«La Vanguardia Española», miércoles 10 de diciembre de 1969.

JOSE HIERRO

Ciertos cuadros nos dan la impresión a los contempladores de que ya existían antes de ser pintados. Existían, claro está, en la conciencia del artista. Este no tuvo nada más —nada me-

nos— que llevar al lienzo la imagen dibujada en su interior. Juan Gris puede ser un ejemplo de esto que digo. Otros artistas, como por ejemplo Picasso, «no buscan, sino que hallan». Actúan a la manera de un radar en cuya pantalla se registra todo objeto volador que pasa dentro de ciertos límites. Yo sospecho que estos artistas son los primeros sorprendidos al ver plasmadas las imágenes que dormían en su subconsciente. Hay, finalmente, otro grupo de artistas: aquellos que tienen una previa imagen borrosa de su cuadro. Si éste acierta a reproducir la imagen interior, lo mismo que si no acierta, el artista no sabe nunca por qué. Probablemente Vela sea de esta raza creadora. No de los que saben lo que buscan y, por lo tanto, al verlo realizado en el cuadro, pueden medir su éxito o su fracaso. No tampoco de los que nada pretendían, excepto dar salida a unas imágenes cuya naturaleza y sentido ignoraban. Vela es de los que actúan sobre el cuadro como el radiestesista sobre el terreno: pasando y repasando en busca de los mensajes que le envía el agua, pero sin saber antes con certeza dónde hallarla.

Estamos, por tanto, ante un arte entendido como indagación. No me refiero a indagación de técnicas y procedimientos, puesto que esto es común a todo artista considerado en su aspecto estrictamente artesano: algo así como si una persona perfeccionase hasta el máximo su caligrafía para escribir una palabra que sabe perfectamente cuál es. Vela indaga para saber cuál es esa palabra que le interpreta. La búsqueda —y de ahí que el ejemplo de la palabra haya surgido espontáneamente— es de la misma ín-

dole que la búsqueda poética. De ahí que la pintura de Vela pueda ser calificada de poética, puesto que busca a partir del ritmo hasta llegar al signo. Y cuando éste no aparece, cuando la intuición no ha logrado fraguar en una forma racional, es el ritmo el que expresa mágicamente, irracionalmente, sugiriendo. Pintura, por lo tanto, concebida como poesía. Y también como música.

Yo me atrevería a decir que esta pintura de Vela tiene mucho de superrealista, por lo menos si tomamos en consideración la famosa definición de Bretón: «Automatismo psíquico puro...», etcétera. (Muy distinto sería que pensáramos, como paradigma del suprarrealismo, en la obra de Dalí, cuya factura es demasiado consciente aunque las figuraciones sean de procedencia irracionalista. Podría decirse que el mundo de los superrealistas etiquetados como tales es de invención inconsciente y de realización convencional). Vela va lanzando sobre el cuadro colores sometidos a un ritmo, ráfagas surgidas de un sueño. Probablemente su automatismo psíquico no sea puro, sino impuro, ya que no acepta todo lo que surge de su conciencia, como los poetas de la escritura automática, sino sólo aquello que lleve —¿dónde y por qué?— un poco del temblor de su espíritu. Cada cuadro suyo es un camino, recorrido a medias, hacia la solución de un enigma. El contemplador ve en él no sólo formas bellas, sino formas que expresan verdades cuyo sentido ignora. Algo así como si contemplase una tela que cubre objetos cuya naturaleza desconoce: sabe que están debajo, que la tela se amolda rigurosamente a ellos,

pero es incapaz de definirlo. En esta acomodación, y hasta donde es posible, revelación de lo escondido reside la importancia de la pintura de Vela.

Naturalmente que una tarea de esta índole no puede realizarse sin un dominio pictórico—considerado ahora en el plano puramente artesano— del mejor estilo. No se trata únicamente de que el color entone y cree atmósferas de ensueño. Es necesario sobre todo que los valores estrictamente cromáticos vengán apoyados por la expresividad de la materia. En este aspecto, Vela avanza hacia un adelgazamiento y un refinamiento mayores de sus calidades. Sus gamas predilectas siguen siendo las de los ocres silenciosos, los azules nocturnos, los rojos enigmáticos. La materia, en cambio, ha perdido los encrespamientos anteriores, camina hacia una meta de austeridades y renunciamientos, como si tratase de perder toda la aspereza que la hacía excesivamente material. Excesivamente, claro está, para indagar en este mundo de sueños recordados a medias, en este laberinto de penumbras musicales, Vicente Vela ha entrado buscándose a sí mismo.

Vicente Vela, como tantos otros pintores, corrobora en esta exposición esa gran paradoja del arte contemporáneo en su faceta no figurativa: por huir de lo fotográfico se refugiaron en la pintura por la pintura. Poco a poco ha ido ocurriendo el curioso fenómeno de que la pintura ha renegado de sus posiciones narcisistas y ha vuelto a estar al servicio del hombre concreto. Sólo que ahora no nos ofrece su imagen

exterior, sino la interior. Nos da, no la fotografía de una época, sino su radiografía. En esto reside su peculiaridad, su grandeza, su posibilidad de sobrevivir.

Catálogo exposición Museo Español de Arte Contemporáneo, 1970.

MANUEL AUGUSTO GARCIA-VIÑOLAS

Me trae al estudio de este pintor —estudiado estudio de una grata disposición estética— el hecho de haber obtenido Vicente Vela el primer premio de dibujo en la fase madrileña de la Exposición Nacional; y el hecho, más casual, de alcanzarle todavía en Madrid estos días de verano, porque está en vísperas de un viaje a Londres para preparar allí una exposición de sus cuadros.

Su premio de dibujo en concurso, donde había también otros dibujos dignos de ser premiados, corrobora un momento feliz de este joven pintor que, a esa misma hora, exponía su pintura en la sala de la Dirección General de Bellas Artes y en la galería Kreisler, de Madrid, y, miel sobre hojuelas, recibía la noticia de haber sido premiado otro dibujo suyo en la exposición «Europa» que todos los años se celebra en Viena. Este cúmulo de halagos que recibe la obra de Vicente Vela no parece haber conmovido el estado natural del pintor que ya era, por lo que vislumbro en este breve trato de mi visita, consciente de su propio valer, pero llevado con esa rara elegancia de quien se sabe orgulloso y no ejerce.

La obra de Vicente Vela es un derroche de energía donde no era fácil distinguir qué porción

correspondía al estudio y qué porción al acierto. Porque una cosa es plantear y otra acertar en la expresión. Pero esta visita a su estudio, el conocimiento que tomo de sus apuntes y del proceso que sigue su pintura (mas el saber su gran disposición estética para otros menesteres publicitarios) me sacan ya de dudas acerca de la proporción que en obra corresponde al estudio (del verbo estudiar) y la que se debe a la intuición. Y a partir de ahora elevo a un noventa por ciento la parte de rigor y meditado esfuerzo que hay en su obra y dejo sólo un diez para el acaso. Hablo así porque su obra parece tan espontánea, tan nacida de la pura inspiración, que no se le advierte el soporte reflexivo y laborioso que hay debajo de esa espléndida libertad. Vela plantea rigurosamente lo que hace y le exige mucho a su obra, tal vez por ese orgullo silencioso del que antes hablaba yo al referirme a él y que Vela tiene el buen gusto de comenzar por aplicárselo a sí mismo para exigirse perfecciones. ¿Qué prepara el pintor en este trance de fortuna, cuando se acumulan sobre su obra una serie de congratulaciones? Sospecho que prepara una siesta.

—Hay que «pararse» de vez en cuando para ver lo que uno ha hecho y analizarlo con relativa frialdad.

Sí, es prudente dejar que se enfríe el triunfo para que la estimación de una obra recupere su nítida realidad. Vela es un pintor que lleva el fuego de su pintura dentro, pero que actúa siempre con una elegante frialdad, como si llevase bien sujeto a dominio su impulso. Por eso

cabe esperar mucho de él. El pintor ha hecho confortable el estudio donde trabaja; lo adorna con algunos libros sobre arte y unas figuras de artesanía popular exquisitamente elegidas por quien tiene plena conciencia de la gracia. Pero ese estudio está lleno de apuntes, de bocetos, de intentos fallidos que el pintor abandonó porque habían nacido sin luz dentro... Hay, en suma, una evidente huella de trabajo, de esfuerzo, de sudor, que no se cohibe por esa forma estética que el pintor le ha impuesto a su estudio. Sí, efectivamente, esta visita me aclara muchos aspectos de su pintura que yo no acertaba a comprender cómo habían llegado hasta allí.

Diario «Pueblo», 19 de agosto de 1970.

MANUEL VICENT

Vela expone en el Museo de Arte Contemporáneo, en grandes cuadros, un trabajo de envergadura; en la Galería Kreisler expone su pequeña obra. Pero el sentido es idéntico. En todo caso se trata de pintura en estado germinativo. Un estudio, un alarde de lo que es la génesis del color, lo que es el principio de las formas. Parece que un cuadro de Vicente Vela se está haciendo, está naciendo ante la mirada que lo contempla. Precisamente porque el artista ha atrapado ese núcleo previo de la intuición, una pintura de Vela es idéntica y distinta a la vez, reposada en lo impreciso, en lo interrumpido con sabiduría. Y, claro está, parado el artista en esa etapa sensible y estética anterior a lo impulsivo, a lo concreto, en su mundo de intuiciones, la obra de Vela no es surrealista ni

aformalista. Porque no quiere ni va destinada a explicar nada desde el punto de vista instintivo. La pintura de Vicente Vela es simplemente una lección de lo que la pintura es en sí misma: color y forma, pero en su desnudez; es decir, puestos uno al servicio de otro hasta hacer evidente para el espectador el axioma de que no se puede dar uno sin el otro. O lo que sería lo mismo: color y forma unidos y puestos a andar, a evolucionar por propio impulso.

Diario «Madrid» 27 de junio de 1970.

J. R. ALFARO

El caso de Vicente Vela responde a una necesidad de llegar a la realidad autónoma y objetiva del cuadro, con unas formas de expresión regidas por leyes tan estrictas que su arte se convierte en una forma de vehículo de unos principios ideológicos. Se trata, sin duda, de una manifestación muy significativa del arte de nuestro tiempo en un anhelo de ofrecer las obras como unas entidades objetivas, liberadas no sólo del tema, sino del propio artista, aunque éste se manifieste en ellas.

Vicente Vela, como tantos otros pintores —comenta José Hierro— corrobora en esta exposición esa gran paradoja del arte contemporáneo en su faceta no figurativa: por huir de lo fotográfico se refugiaron en la pintura por la pintura. Poco a poco ha ido ocurriendo el curioso fenómeno de que la pintura ha renegado de sus posiciones narcisitas y ha vuelto a estar al servicio del hombre concreto. Las dos exposiciones que brinda simultáneamente al aficio-

nado en el Museo Español de Arte Contemporáneo y en la Galería Kreisler nos dan generosamente la medida de las posibilidades de este pintor, tanto en sus esfuerzos de renovación como en el valor de perennidad artística que alcanza toda su obra.

Se aprecia de una manera muy evidente que Vicente Vela, en todos estos años de búsqueda, no sólo ha hallado el estilo que perseguía afanosamente, sino la forma individual de cada cuadro, aunque todos ellos respondan a una misma concepción y a unos mismos impulsos creadores.

El desarrollo de la obra de Vicente Vela está presidido por una fuerza y una continuidad admirables. Estas dos exposiciones de ahora nos descubren la magia de un color asombrosamente irreal, como en poéticas encantaciones de un poderoso atractivo visual.

Vicente Vela revalida una vez más su singular talento de pintor y su preocupación por situarse siempre más allá de sus propias invenciones, con un sentido coherente y puramente conceptual.

«Hoja del Lunes», 29 de junio de 1970.

CASTRO ARINES

El mundo de Vela se ha transfigurado de un tiempo acá, pero no se ha hecho él demasiado complaciente con las cosas que pueden estar al alcance de nuestra curiosidad óptica, a disposición de modo natural y simple, de nuestro ojo, y por ello, en buena manera, a la de nuestra

mano. Vicente Vela le cambió el rumbo a la dirección de sus figuraciones naturales; les mudó el oriente, pero no por ello las cosas de Vela se han simplificado en sus ideaciones estructurales, sino que, como en su anterior inventiva, o quizá con mayor complacencia que en su inventiva de tiempo atrás, las cosas llegan a nosotros igualmente complicadas en sus significaciones.

La verdad es que me place imaginarlas con tal inclinación. Los ritmos con que ellas se mueven son consecuentes con una cierta composición que se puede ya designar de intemporal, puesto que se mantiene activa de ayer a hoy en la inventiva de Vela, pero no así el universo sometido a su curiosidad. Las dos exposiciones que hoy celebra el pintor —Museo Español de Arte Contemporáneo y galería Kreisler— vienen a descubrir que la nueva inclinación de Vela se proyecta hacia las realidades del mundo en cuanto las cosas del mundo se nos facturan como hallazgos del microcosmos animal, vegetal, mineral, aunque ello sólo sea por simpatía hacia las estructuras celulares más elementales: «Un lugar donde pudieran nacer los primeros ojos de la creación». «Espera transformar todos sus miembros en luz», «Proyecto para un ser», «El rayo de la creación esparce su luz», «Esperando organizar sus formas para incorporarse a la creación, «La luz está abriendo el cosmos para fecundarlo»...

Son ejemplos de las inclinaciones significativas de la inventiva nueva del pintor. El punto en que la curiosidad del pintor se aplica es dis-

tinto, pero no tan distinto al método discursivo con que él se explica. La mano familiar del pintor se apunta aquí, en la variada creativa de estas dos exposiciones, de modo más que conocido, como inconfundible; y su poética; y la elegancia de su dicción; y la intención un tanto hermética con que ella se llega a nosotros, que hace lo real como fantástico, lo mensurable y de razón como de pesadilla. Y sobre todo, y sin buscar su intención a esta pintura, ni saber siquiera si ella representa o significa cosa de valer, siempre bella, armoniosa, rítmica, saturada de luz. Un universo de figuración al que Vela recrea en sus arquitecturas, mima en todos sus juegos y posibilidades expresivas. No un mundo de sueño —ni el automatismo, ni el onirismo, ni el psiquismo, ni nada por ahí, tienen que hacer en esta inventiva sino un mundo de vigilancias más que curiosas a las cosas de naturaleza en su verdad, recreadas por Vicente Vela como criaturas entrañables.

Una vez más, el pintor, curioso de novedades abriendo su inventiva a nuevas sorpresas.

Diario «Informaciones», diciembre de 1971.

MIGUEL FERNANDEZ-BRASO

Vicente Vela: «Imágenes de la materia mutable»

Expone Vicente Vela en Madrid y nos da ocasión de ocuparnos de su actual momento pictórico, momento precisamente de cierta transición y de mayor exigencia personal. La obra de Vela —que tiene un claro puesto en la pintura española de posguerra— ha sido bastante diversa y vibrante «dentro de su esencial uni-

dad», como ha indicado Carlos Antonio Areán, uno de los críticos que le ha elogiado sin con-
tenciones.

Areán, hace ya unos diez años, escribía «que en un inmediato futuro será considerado Vicente Vela como uno de los seis o siete máximos creadores del nuevo humanismo —paralelo a la nueva ciencia y la nueva técnica— subyacente en la bien consolidada, pero simultáneamente trascendida problemática de la rama española del movimiento de la forma fluctuante».

La obra de Vicente Vela —andaluz de Jerez de la Frontera nacido en 1931— se abrió «en el mundo del objeto-pretex-
to». Entonces apenas era posible, naturalmente, vislumbrar los caminos que emprendería su arte. Su inmediata etapa texturalista empezó a darle notoriedad y a situar su nombre en la vanguardia más prometedora de los finales años cincuenta: la materia alcanza ya en su pintura un alto nivel de expresión. Luego va dejando Vela su intensiva búsqueda de calidades y utiliza «esquemas originariamente abstractos, pero ampliamente flexibilizados».

Viene después en su obra un mayor dinamismo y un nuevo encuentro con las calidades texturales. Al iniciarse la década de los años sesenta comienza su madura y armónica época de calidades muy conseguidas, de materia tersa y variada, de espacios sabiamente administrados.

Vicente Vela —actualmente— se encuentra de regreso de muchos intentos, ha quemado bastantes etapas, ha andado y desandado muchos caminos en los quince últimos años. Empe-

zó muy joven su tarea y no tardó demasiado en ser Vicente Vela. Pero en el recorrido que conocemos de estos finales quince años no hay huellas de precipitación, sino de intenso y duro trabajo, de rigor y meditado proceso ascendente. La improvisación no ha podido vestirse de luces en el ruedo de su exigencia.

Su obra ofrece una grata impresión de espontánea libertad, de divertido investigar y ver qué sale. Pero el soporte reflexivo es un hecho y mediante él consigue transmitir esa idea gozosa de intuitiva inspiración. Vicente Vela ensaya, rompe, borra, vuelve a empezar... Existe toda una apasionante y fatigosa labor de búsqueda y prueba que no se observa a primera vista en una obra acabada.

Vicente Vela ha tenido también otro mérito: saber detenerse después de cada carrera, de cada agotamiento, de cada parto largo de una etapa. Al notar los primeros síntomas de agotar una etapa ha abierto un paréntesis de sosiego para reflexionar, para hacer recuento de lo hecho y analizarlo con la relativa frialdad de que es capaz el propio artista. De la meditación y el inventario surgen nuevos derroteros en el itinerario hacia el gran dominio del idioma pictórico. Vicente Vela da la sensación —verdadera sensación— de gran malabarista del pincel, de ágil y detallista enhebrador de hilos sensibles que son como una gran malla de araña laboriosa y apasionada.

M. A. GARCIA-VIÑOLAS

Vicente Vela dibuja dibujo. Me explicaré: su línea no persigue una forma determinada ni aspira a ser una abstracción; su línea es laboriosa y va poblando los blancos espacios, saboreándolos como una golosina, hasta dejarlos hechizados con su caligrafía mansa y caprichosa. Es un dibujo el suyo muy bello y ensimismado, ajeno a todo repertorio conocido.

No sé si Vicente Vela plantea sus obras o si deja ir la pluma a su antojo creador. Si así es, Vicente Vela tiene muy felices intuiciones, pero a su rica imaginación y a ese buen gusto, que son instintivos y no se dejan calcular, les sale al paso una conciencia tan refinada y un oficio tan exigente que su dibujo se hace seductor sin necesidad de enredarnos en él, limpiamente, guardando las distancias que exige la contemplación y a la vez imprimiéndose en nosotros y dejándonos marcados ya con su misterio. Ahora, en esta exposición, el color asoma por entre la trama del dibujo que se queda impregnado de él, ungido por la gama de una suave tonalidad. Línea y color se asocian así para engendrar la sospecha de una forma que no se deja identificar, pero que nos seduce. ¿Acaso la huella que dejaron sobre la arena del cosmos unos crustáceos fósiles? ¿Acaso el ojo de una hormiga a escala microscópica o el laberinto de luz que hay en una gota de agua...? No sé, pero en cualquier caso sé que hay miles de años encerrados en cada uno de estos dibujos.

Diario «Pueblo», 14 de febrero de 1972.

JOSE RODRIGUEZ ALFARO

La pintura que nos ofrece Vicente Vela es la expresión de una vida interior estrechamente ligada al mundo contemporáneo y a la condición moderna del hombre. El toma conciencia de que la pintura es un lenguaje humano y trata de poner en sus cuadros, con una paciencia laboriosa, una tensión apasionada. Toda su obra es como un extraño «ballet» sonambúlico, de cuerpos perdidos en un mundo tenebroso, entregados al pánico o al miedo. La angustia de vivir parece estar aquí decantada en su expresión y en su peso. Al margen del drama, que ha deseado presentarnos dolorosamente, adquiere una proyección colectiva y sustituye la fatalidad de la angustia individual por la responsabilidad de la libertad común. Sus cuadros definen y afirman todo lo que sugieren.

Su pintura nos proporciona la facultad de delirar hasta en lo que hay de real en el cuadro. Y cuando uno llega ahí puede detenerse, pero subsiste un enigma y un misterio. Es como la vida: los actos y los minutos se suceden, sin que nos sea posible ya volver atrás. Cuando un cuadro nos ha dicho lo que tenía que decirnos está terminado y hay que comenzar otro.

«Hoja del Lunes», 20 de marzo de 1972.

JUAN RAMIREZ DE LUCAS

Amanecer en Hiroshima, al día siguiente, cuando aún no se habían extinguido el rescoldo y la sorpresa. Vísceras que laten a la vista. Ojos donde debieran estar bocas. Corazones que

todo lo invaden, ángeles ascendentes, metálicos, de extraños y dorados mecanismos. Buzos por mares de aire. Alas de insectos fraccionadas. Casi seres míticos, casi seres mágicos, fantasmales, que ni siquiera llegan a seres. Sombras iluminadas. Asambleas fetales. Espectros. Astronautas por los crepúsculos del agua. Universo perdido. Paraíso nunca gozado. Soledad absoluta. Soledad sorteada al través. Muertos en trance de resucitar. Certidumbre de la duda. Presencia de la resurrección de la carne. Contacto de ángeles. Espacios sin tiempo. Ruinas de la más humana condición. Vida como suicidio lento, meditado, consciente. Derribos corporales sin nueva ordenación posible. Escombros de paraíso nunca encontrado. Ser zarandeado por todos los vendavales, que lo ajan, lo deshojan, lo dejan desintegrándose, momificándolo en sus esquemas, Prometeo encadenado a cristales de luna. Prometeo calcinado sin haber llegado a robar fuego celeste. Icaros derretidos. Adán desengañado, convertido en manzana totalmente podrida, enmohecida.

Diseños industriales para los hombres que poblarán algún día mundos desconocidos. Gestación laboriosa de espíritus. Parto sin dolor de embriones. Nube que se cuartea descubriendo su vocación de gameto. Oquedad que se fragua hacia bóveda craneana. Polvo coloreado de todas las ciudades bombardeadas. Protozoo de cabeza gigante navegando en el cosmos. Siluetas que saquean restos de terremotos. Escamas ampliadas de alas de mariposa. Prototipos de seres para un mundo feliz. Sombra del Paraíso. La destrucción o el amor. Cementerio marino. Los me-

dios seres. Donde habita el olvido. Sortilegio. La realidad o el deseo...

Todo esto puede ser la pintura de Vicente Vela. Así es, si así os parece. Pero también pudiera ser todo lo contrario, o no ser ni una cosa ni otra. Depende de quién y cómo la mire y aquel que no sepa lo que es la poesía verá poco de lo esencial. Porque esta pintura de Vicente Vela no tiene más vía de penetración que la que pasa por los túneles misteriosos de la magia, por los caminos sin retorno de la música, por el huracán destructor y vitalizador del deseo, por todas las adictas sendas que conducen a una resurrección, tal vez a un caos final, presentido, fatídico, que inexorable tiene que llegar. Pintura testimonio, pero no de lo inmediato, sino de lo que vendrá, de lo que viene.

Catálogo exposición Galería Skira, febrero 1973.

MIGUEL FERNANDEZ-BRASO

La obra de Vicente Vela ha llegado a un punto de rigor y de dominio pictórico sin duda sorprendente, aunque de clara evolución y maduración para quien ha seguido su proceso. Vicente Vela es hoy un joven maestro que está dando obras conscientes, de lenta elaboración, de larga onda expansiva en la sensibilidad del espectador.

Esta vibrante exposición de óleos en la Galería Skira es una amplia muestra de su gran momento como pintor, pintor abierto al misterio y no cerrado a ninguna posibilidad artística, pintor enredado en la malla mágica de unas «sombras iluminadas».

Una pintura envolvente, de gran clima, de búsqueda de zonas ocultas del hombre. Una pintura donde se mezclan vísceras soñadas, seres en un raro y quizá imposible contraluz, extrañas radiografías de presentimientos. Una pintura con una sonoridad interior opaca y densa, pero una densidad que se va agrietando, tomando fuerza, imponiendo gestos. Una pintura que no se puede analizar y sopesar con el acostumbrado juego de pesos y medidas pictóricas, sino que hay que dejarse penetrar en su geografía de misterio. Juan Ramírez de Lucas termina así su cabal presentación: «... aquel que no sepa lo que es la poesía verá poco de lo esencial. Porque esta pintura de Vicente Vela no tiene más vía de penetración que la que pasa por los túneles misteriosos de la magia, por los caminos sin retorno de la música, por el huracán destructor y vitalizador del deseo, por todas las adictas sendas que conducen a una resurrección, tal vez a un caos final, presentido, fatídico, que inexorablemente tiene que llegar. Pintura testimonio, pero no de lo inmediato, sino de lo que vendrá, de lo que viene».

«Mi argumento para pintar —dice Vicente Vela— es ir siempre hacia alguna meta. Esa meta, para mí, es el fin de la existencia. Esta exposición es una etapa más hacia esa meta, donde permanece la constante mía mágico-surreal y donde los elementos que componen la obra se concretan aún más que en mi anterior exposición».

«Estos cuadros últimos están más elaborados, más terminados. Ha desaparecido ya total-

mente el principio informalista con el que empecé a hacer pintura no figurativa».

«¿El color? El color siempre ha sido fundamental en mi obra. No he sabido nunca desligar la forma del color. Incluso cuando hago dibujos son pictóricos».

«¿Si estos esbozos de figuras indican que voy hacia una figuración? Siempre en la pintura ha habido una figuración, por muy abstracta que sea. Es imposible separar al hombre de su propio entorno y hacerle imaginar algo que nunca haya visto».

«El hecho de que vayan apareciendo formas más o menos figurativas quizá sea que en mi evolución voy desprendiéndome de esta etapa puramente abstracta para llegar a una forma donde esté incluido el ser humano».

Su obra ofrece una grata impresión de espontánea libertad, de divertido investigar y ver qué sale. Pero el soporte reflexivo es un hecho y mediante él consigue transmitir esa idea gozosa de intuitiva inspiración. Vicente Vela ensaya, rompe, borra, vuelve a empezar... Existe toda una apasionante y fatigosa búsqueda y prueba que no se observa a primera vista en una obra acabada.

Sus lienzos están bien dosificados de color. Existe la preocupación básica de evitar la monotonía. Cada obra, aunque pertenezca al mismo ciclo, tiene su propia independencia, no se relacionan una con otra. Cada lienzo ha exigido su elaboración de color, espacio, estructura, luz...

(«Hay, en estos lienzos, esa más o menos apariencia de zonas interiores del cuerpo humano, porque no trato de representar la imagen del ser material, sino una visión particular de mi mundo subconsciente-consciente.

¿Por qué mis cuadros están pintados como si fuera un veneciano del Renacimiento, a base de veladuras y transparencias? Este procedimiento es el que va más con mi sensibilidad y es la forma con que mejor puedo expresarme.

Creo, además, que la época de los experimentos de nuevos materiales ha pasado ya para mí. Cada uno de ellos ha quedado definido para lo que sirve. Yo he pintado siempre al óleo, porque creo que tengo un dominio en esa técnica y meterme en experimentos de materiales que no conozco iría en perjuicio de mi expresión, que, al final, es lo que me interesa.

Soy pintor de poca producción, a pesar de que trabajo mucho. Para llegar al cuadro antes he hecho varios bocetos, y, aún así, el cuadro sufre después muchas transformaciones»).

La obra de Vicente Vela —que tiene un claro puesto en la pintura española de postguerra— ha sido bastante diversa «dentro de su esencial unidad». La crítica, hace ya más de diez años, escribía «que en un inmediato futuro será considerado Vicente Vela como uno de los seis o siete máximos creadores del nuevo humanismo —paralelo a la nueva ciencia o la nueva técnica— subyacente en la bien consolidada, pero simultáneamente trascendida, problemática de la rama española del movimiento de la forma fluctuante».

La obra de Vicente Vela se abrió «en el mundo del objeto-pretecto». Entonces apenas era posible, naturalmente, vislumbrar los caminos que comprendía su arte. Su inmediata etapa texturalista empezó a darle notoriedad y a situar su nombre en la vanguardia más prometedora de los finales años cincuenta: la materia alcanza ya en su pintura un alto nivel de expresión. Luego va dejando Vela su intensiva búsqueda de calidades y utiliza «esquemas originariamente abstractos, pero ampliamente flexibilizados».

Viene después en su obra, un mayor dinamismo y un nuevo encuentro con las calidades texturales. Al iniciarse la década de los sesenta comienza su madura y armónica época de calidades, muy conseguidas, de materia tersa y variada, de espacios sabiamente administrados.

Vicente Vela ha tenido otro mérito: saber detenerse después de cada carrera, de cada agotamiento, de cada parto largo de una etapa. Al notar los primeros síntomas de agotar una etapa ha abierto un paréntesis de sosiego para reflexionar, para hacer recuento de lo hecho y analizarlo con la relativa frialdad de que es capaz el propio artista. De la meditación y el inventario surgen nuevos derroteros en el itinerario hacia el gran dominio del idioma pictórico.

(«Es muy difícil para mí concretar el resultado de mi obra de mañana. Incluso las proposiciones que se hace uno, en el fondo son confusas y se van aclarando conforme se van desarrollando. Yo diría que esto es como un presentimiento indefinible y, por tanto, todo lo que pueda decir podría sonar a falso o a pedante»).

Vicente Vela da la sensación —verdadera sensación— de gran malabarista del pincel, de ágil y detallista enhebrador de hilos sensibles que son como una gran red laboriosa y apasionada. Es artista de oficio bien hecho, de técnica sensible al servicio de una inspiración dilatada.

Diario «ABC», sábado 17 de febrero de 1973.

TRAYECTORIA

Nace en Algeciras, el 5 de mayo de 1931.

Estudia en la Escuela Superior de Bellas Artes Santa Isabel de Hungría y la de San Fernando de Madrid.

EXPOSICIONES INDIVIDUALES

- 1958 Galería Clan, de Madrid.
- 1958 Galería Jardín, de Barcelona.
- 1960 Ateneo, de Madrid.
- 1961 Círculo de la Amistad, de Córdoba.
- 1962 Galería San Jorge, de Madrid.
- 1963 Galería Il Centro, de Nápoles.
- 1963 Instituto de Cultura Hispano-mexicano, México, D. F.
- 1965 Ateneo de Madrid (Sala de Santa Catalina).
- 1965 Galería Sur, de Santander.
- 1965 Galería Renault, de Londres.
- 1966 Bab Rouah, de Rabat.
- 1966 Escuela de Bellas Artes, de Tánger.
- 1967 Galería Kreisler, de Madrid.

- 1967 Galería Ten, de Barcelona.
- 1967 Galería Galdeano, de Zaragoza.
- 1969 Galería Ten, de Barcelona.
- 1970 Galería Playa del Puerto de la Cruz (Tenerife).
- 1970 Museo Español de Arte Contemporáneo, Madrid.
- 1970 Galería Kreisler, Madrid.
- 1970 Museo de Arte Contemporáneo, de Madrid.
- 1971 Galería de Arte Rayuela, Madrid.
- 1973 Galería Skira, Madrid.

CERTAMENES INTERNACIONALES

- XXIX Bienal de Venecia.
- 1959 The Fifth International Art Exhibition-Jaén.
- V Bienal de Sao Paulo.
- XXXI Bienal de Venecia.
- 1960 Donner à Voir - Galería Creuze - París.
- 1963 Arte de América y España - Madrid y Barcelona.
- Cuatricentenario de Río de Janeiro - Museo de Arte Moderno de Río.
- XXXIII Bienal de Venecia.
- 1966 Bienal de Arte Gráfico - Tokio.
- 1968 International Malerei - Wolfrans Eschenbach.
- 1969 Bienal de Sao Paulo.
- 1970 Europahaus Wien - Will Internationale Ausstellung fur Graphik.

PRINCIPALES

EXPOSICIONES COLECTIVAS

- 1958 Arte Español de Vanguardia, - Club Urbis.
- 1959 20 Años de Pintura Española, en Lisboa.

- 1959 Espacio y Color en la Pintura Española - Río de Janeiro.
- 1959 13 Peintres Espagnols Actuels - Museo de Artes Decorativas, París.
- 1959 Kunsthalle Basel - Junge Spanische Maler. Espacio y Color en la Pintura Española - Sao Paulo, Montevideo, Lima, Bogotá.
- 1960 Before Picasso, After Mixo - Museo Euggenheim, New York.
- 1960 Arte Actual Español - Galería 50, Aschaffenburg.
- 1961 Arte Actual Español - Palais de Beaux Arts, Bruselas.
- 1961 Arte Español Actual - Berlín, Bonn, Helsinki.
- 1961 Pintura Española - Galería Cadario, Milano.
- 1962 Modern Spanish Painting - Tate Gallery, Londres.
- 1962 4 Pintores actuales - Galería Nebli, Madrid.
- 1963 Arte Español en México - México.
- 1963 12 Pintores españoles - Exposición itinerante por España.
- 1964 Certamen de Artes Plásticas - Palacio de Cristal, Madrid.
- 1964 Feria Mundial de New York.
- 1965 Semana de España en Rabat.
- 1966 Arte Español en el Museo de Pretoria.
- 1969 Semana Colombina de Huelva.
- 1970 Exposición Nacional de Bellas Artes, Madrid.
- Testimonio 70.
- 1971 Museo Arte Contemporáneo, Madrid.
- 1971 Jonge Spaanse Kunst - Museum Voor Schone Kunsten, Gante.
- 1971 Jeunes Artistes espagnols des années soixante-dix, Montpellier.

- Werk van Jonge Spaanse Kunstenaar.
 1971 Nederlandse Kunststichting.
 1971 Torre del Merino, Santillana del Mar.
 1972 Nuevos maestros de la pintura española -
 Club Internacional de Prensa. Madrid.

BIBLIOGRAFIA

LIBROS

- 1971 **CARLOS AREAN:** Balance del arte joven en España. (Publicaciones Españolas. Madrid).
- 1961 **CARLOS AREAN:** Veinte años de pintura de vanguardia en España. (Madrid).
- 1972 **CARLOS AREAN:** Treinta años de arte español. (Editorial Guadarrama. Madrid).
- 1966 **LUIS GONZALEZ ROBLES:** Litografías de artistas españoles en la XXXIII Biental de Venecia. (Venecia).
- 1961 **DIRECCION GENERAL DE RELACIONES CULTURALES:** La pintura informalista en España a través de los críticos. (Madrid).
- 1970 **JUAN ANTONIO GAYA NUÑO:** La pintura española del siglo XX. (Madrid).

- 1969 **JOSE MARIA MORENO GALVAN:** La última vanguardia. (Madrid).
- 1971 **INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA:** Perspectivas del arte español contemporáneo. (Madrid).
- 1967 **DORA VALLIER:** L'Art Abstrait. (Librería General Francesa).
- 1972 **RAUL CHAVARRI:** Nuevos maestros de la pintura española. (Instituto de Cultura Hispánica. Madrid).
- 1973 **RAUL CHAVARRI:** Aventura del arte español contemporáneo. (Editorial Doncel. Madrid).
- 1973 **RAUL CHAVARRI:** Pintura española actual. (Ibéricoeuropea de Ediciones. Madrid).
- 1965 **GILLO DORFLES:** Últimas tendencias del arte de hoy.
- 1945 **UMBRO APOLLONIO:** Art Since.
- 1959 **JUAN EDUARDO CIRLOT:** Informalismo.
- AGUILERA CERNI:** Panorama del nuevo arte español.

REVISTAS

- «Estafeta Literaria» - N.º 467. Luis López Anglada.
- «Ciudad Nuestra» - N.º 36. Emilio Rey.
- «Tropos», extraordinario - Juan Lizarrete.
- «Correo de las Artes» - N.º 27. Carlos Areán.
- «Correo de las Artes» - N.º 31. Marcel Fryns.
- «Das Kunstwerk» - N.º 17. Marc Berkowitz.

- «Studio International» - N.º 846. Charles S. Spencer.
N.º 13. Raúl Chávarri.
N.º 42. Raúl Chávarri.
«Estafeta Literaria» - N.º 500. Carlos Areán.
«Bellas Artes 72» - N.º 15. Carlos Areán.
«Arbor» - N.º 254. Carlos Areán.
«Europa» - N.º 559. M. Rodríguez Cruells.
«Artes» - Febrero-67. Rafael Soto Verses.
«Destino» - N.º 1969. María Lluisa Borrás.
«Arbor» - N.º 229. Carlos A. Aren.
«Estafeta» - N.º 362. Adolfo Castaño.
«Artes» - N.º 67. José Hierro.
«Goya» - N.º 97. Venancio Sánchez Marín.

INDICE

EL PINTOR	7
LA PINTURA	23
EL PINTOR ANTE LA CRÍTICA	47
LÁMINAS	49
TRAYECTORIA	95
BIBLIOGRAFÍA	99

COLECCION

«Artistas Españoles Contemporáneos»

- 1/Joaquín Rodrigo, por Federico Sopena.
- 2/Ortega Muñoz, por Antonio Manuel Campoy.
- 3/José Lloréns, por Salvador Aldana.
- 4/Argenta, por Antonio Fernández Cid.
- 5/Chillida, por Luis Figuerola-Ferretti.
- 6/Luis de Pablo, por Tomás Marco.
- 7/Victorino Macho, por Fernando Mon.
- 8/Pablo Serrano, por Julián Gallego.
- 9/Francisco Mateos, por Manuel García-Viñó.
- 10/Guinovart, por Cesáreo Rodríguez-Aguilera.
- 11/Villaseñor, por Fernando Ponce.
- 12/Manuel Rivera, por Cirilo Popovici.
- 13/Barjola, por Joaquín de la Puente.
- 14/Julio González, por Vicente Aguilera Cerni.
- 15/Pepi Sánchez, por Vintila Horia.
- 16/Tharrats, por Carlos Areán.
- 17/Oscar Domínguez, por Eduardo Westerdahl.
- 18/Zabaleta, por Cesáreo Rodríguez Aguilera.
- 19/Failde, por Luis Trabazo.
- 20/Miró, por José Corredor Matheos.
- 21/Chirino, por Manuel Conde.
- 22/Dalí, por Antonio Fernández Molina.
- 23/Gaudí, por Juan Bergós Massó.
- 24/Tapies, por Sebastián Gasch.
- 25/Antonio Fernández Alba, por Santiago Amón.
- 26/Benjamín Palencia, por Ramón Faraldo.
- 27/Amadeo Gabino, por Antonio García-Tizón.
- 28/Fernando Higuera, por José de Castro Arines.
- 29/Miguel Fisac, por Daniel Fullaondo.
- 30/Antoni Cumella, por Román Vallés.
- 31/Millares, por Carlos Areán.
- 32/Alvaro Delgado, por Raúl Chávarri.
- 33/Carlos Maside, por Fernando Mon.
- 34/Cristóbal Halfter, por Tomás Marco.
- 35/Eusebio Sempere, por Cirilo Popovici.
- 36/Cirilo Martínez Novillo, por Diego Jesús Giménez.
- 37/José María de Labra, por Raúl Chávarri.
- 38/Gutiérrez Soto, por Miguel Angel Valdellou.
- 39/Arcadio Blasco, por Manuel García Viñó.
- 40/Francisco Lozano, por Rodrigo Rubio.

- 41/Plácido Fleitas, por Lázaro Santana.
42/Joaquín Vaquero, por Ramón Solís.
43/Vaquero Turcios, por José Gerardo Manrique de Lara.
44/Prieto Nespereira, por Carlos Areán.
45/Román Vallés, por Juan Eduardo Cirlot.
46/Cristino de Vera, por Joaquín de la Puente.
47/Solana, por Rafael Flórez.
48/Rafael Echaide y César Ortiz Echagüe, por Luis Núñez Ladeveze.
49/Subirachs, por Daniel Giralt-Mirade.
50/Juan Romero, por Rafael Gómez Pérez.
51/Eduardo Sanz, por Vicente Aguilera Cerni.
52/Augusto Puig, por Antonio Fernández Molina.
53/Genaro Lahuerta, por A. M. Campoy.
54/Pedro González, por Lázaro Santana.
55/José Planes P., por Luis Núñez Ladeveze.
56/Oscar Esplá, por Antonio Iglesias.
57/Fernandó Delapuenta, por José Luis Vázquez Dodero.
58/Manuel Alcorlo, por Jaime Boneu.
59/Cardona Torraudell, por Cesáreo Rodríguez Aguilera.
60/Zacarías González, por Luis Sastre.

En preparación:

Vicente Vela.
Pancho Cossío.
Begoña Izquierdo.

*Esta monografía sobre la vida y
la obra de VELA se acabó de
imprimir en Pamplona, en los
Talleres de GRAFINASA, Ma-
nuel de Falla, 3.*

lo de pintar, a veces majestuoso, otras inquietantes en su sugerencia de meditaciones, pero siempre ordenado por un concepto mayor de la pintura.

Los premios por él obtenidos, en certámenes nacionales e internacionales, su presencia destacada en la Bienal de Venecia, en la de Sao Paulo, en la de Tokio, y últimamente la gran exposición llevada a cabo, en 1970, en las salas del Museo Español de Arte Contemporáneo, son los títulos de un artista que siempre ha rehuído el exhibicionismo y la espectacularidad, que ha buscado y busca una pintura de firme exactitud y una absoluta definición de la forma.

SERIE PINTORES



SERVICIO DE PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACION Y CIENCIA